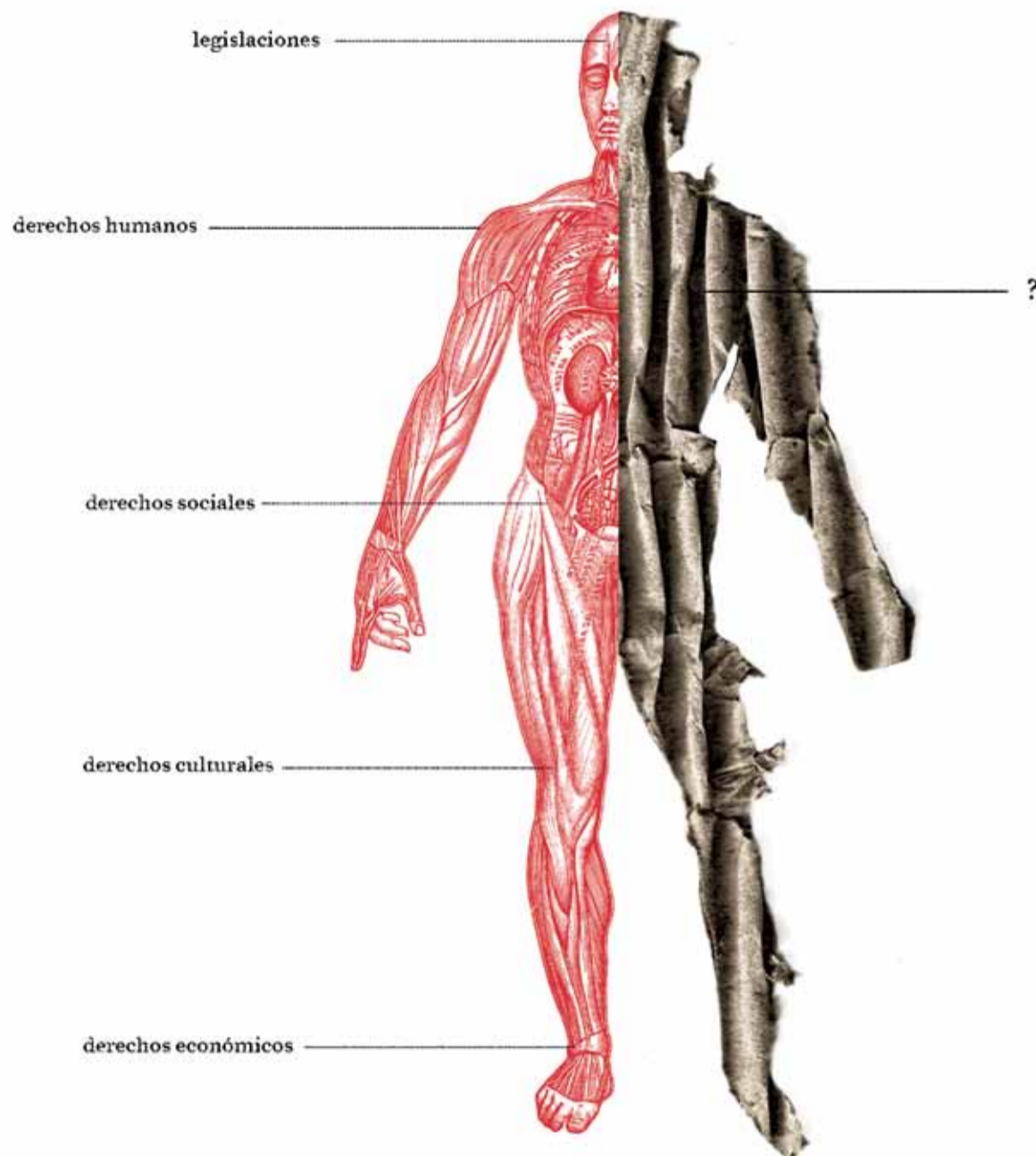


Deodoro

Gaceta de crítica y cultura



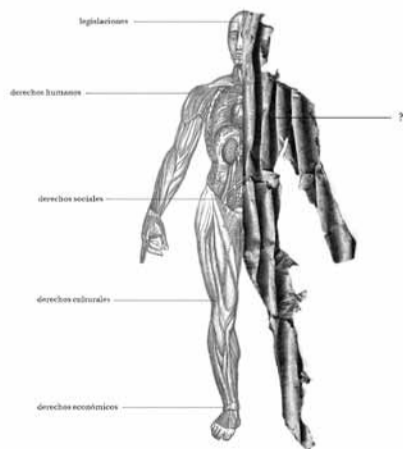
Vidas Precarias

Escriben: Mattio, Seleme, Bompadre, Floriani, Bermúdez y Martínez »
Música: entrevistas a Pedro Aznar y Cecilia Todd. » También, editoriales
que cumplen años y nuevas publicaciones en córdoba.

Universidad Nacional de Córdoba | Argentina | Julio de 2015 | Año 5 | nº 55 | \$10.- | ISSN: 1853-2349

- | | | | |
|----|---|----|--|
| 3 | Apertura
Sobre las ideas
Mariano Barbieri | 14 | Sentido, entendimiento y razón Entrevista a
Cecilia Todd
Santiago Giordano |
| 4 | Vidas precarias Dossier
Precariedad(es). Eduardo Mattio | 16 | Enrique Luis Revol: caminos del ensayo
Antonio Oviedo |
| 6 | La precariedad del acceso a la Justicia
Hugo O. Seleme | 17 | El varón de las tardes cordobesas: Américo
Tatián y el Tango
Javier Quintá |
| 7 | Una ciudad para Mónica. Trayectoria social de
una mujer indígena migrante
José María Bompadre | 18 | Veinte años no es nada
Cezary Novek |
| 8 | “Algo habrán hecho...”. O de muertes más o
menos merecidas
Natalia Bermúdez | 19 | Materiales sensibles
Eloísa Oliva |
| 9 | Gol de mujer
Leticia Floriani | 20 | Imprescindibles: discos cordobeses
que tienen que estar en tu discoteca
(o en tu carpeta de mp3) |
| 10 | Paridas por los feminismos: sobre las
articulaciones políticas del #Niunamenos
Natalia Martínez | 22 | Pensar la música que nos rodea
Juan Manuel Pairone |
| 12 | “Es el momento de mayor libertad artística hasta
ahora” Entrevista a Pedro Aznar
Gonzalo Puig | | |

Deodoro



Universidad Nacional de Córdoba

Rector: Dr. Francisco Tamarit
Vicerrectora: Dra. Silvia Barei
Secretario General: Dr. Alberto León
Director Editorial UNC: Mgter. Carlos Longhini
Secretario de Extensión: Lic. Franco Rizzi
Subsecretario de Cultura: Lic. Franco Morán
Prosecretaría de Comunicación Institucional:
 Lic. María Cargnelutti

Director: Mariano Barbieri
Secretario de redacción: Guillermo Vazquez
Consejo Editorial: Matías Lapezzata,
 María José Villalba, Natalia Arriola,
 Agustín Massanet, Gonzalo Puig
Corrección: Raúl Allende
Administración: Matías Lapezzata

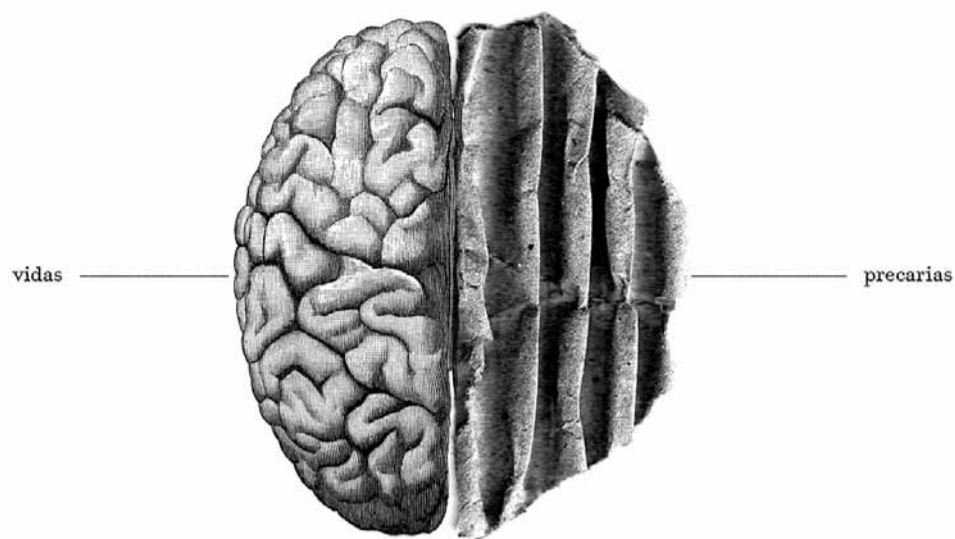
Diseño: Prosecretaría de Comunicación Institucional,
 UNC

Redes: Martín Aguaisol

Revista mensual editada por la Editorial de la UNC
 ISSN: 1853-2349
 Editorial de la UNC. Pabellón Argentina
 Haya de la Torre s/n, Ciudad Universitaria.
 (351) 4629526 | Córdoba | CP X5000GYA
 deodoro@editorial.unc.edu.ar
 info@editorial.unc.edu.ar

Deodoro, gaceta de crítica y cultura no se hace
 responsable de las opiniones y artículos aquí
 publicados. Los textos son responsabilidad
 de quien los firma.

Impreso en Comercio y Justicia Editores



Sobre las ideas

Mariano Barbieri

Las cosas se esconden cuando parecen familiares.
(*Nymphomaniac*, Lars von Trier)

Se trata de lo evidente. No por su claridad, sino por su fenomenal capacidad esmerilante.

Históricamente se discuten los orígenes de la desigualdad, o de la pobreza que es el resultado de mirar sin contexto (una práctica, por cierto, muy extendida). Basta leer o escuchar hoy, ayer o mañana los reclamos por el número de pobres, por la definición de esa frontera que separa los que están adentro de los que están afuera: la barrera de inclusión-exclusión (*que trazan una línea en el agua, dividiendo lo indivisible*). Todos los conflictos, todos, tienen en sus venas el mismo ácido desoxirribonucleico. Desde los colores de la camiseta de Desamparados de San Juan, hasta la Asignación Universal por Hijo, pasando por las camisas celestes que combinan con las miradas del poder. Porque inclusive ahí, en ese lugar y momento cualquiera donde hay una apariencia de igualdad, se esconde una desigualdad constitutiva, estructural, visceral. Desigualdad sobre la que se construirá luego cada uno de los ladrillos de la vida social, desigualdad que parecerá para muchos, externa.

Alguna vez hablamos acá mismo del derecho a la libertad, o de su contrario, la privación. Dijimos, siguiendo a Zaffaroni que cada sociedad decide cuántos presos quiere: están encerrados porque los libres

lo deciden y porque nuestra sociedad, en su conjunto, lo avala. Hablamos de la privatización del espacio público, de la fragmentación del espacio urbano, de la creación de guetos en Córdoba. Dijimos: la extorsión del miedo sentencia las posibilidades de la ciudadanía, de la diversidad, del reconocimiento de la vida social. Hablamos de la incorporación de los desposeídos al mundo del consumo. Dijimos: el sistema productivo y de distribución debe decidir si va a producir más –invertir, arriesgar, emplear– para abastecer a muchos o aumentar los precios para volver a ser pocos, ganando mucho. Fuimos bordeando, en síntesis, otra evidencia: cada sociedad decide, también, cuántas personas serán pobres o su matiz: precarias.

Lo evidente lleva siglos en incorporarse. La pobreza es un producto social, explicable, modificable. Pero por incuestionable que parezca, durante siglos –muchos todavía hoy– se explicó la pobreza (y su contrapeso, la riqueza) a partir de los talentos individuales, del mérito. Al menos de la Revolución industrial a esta parte, se ha alimentado una conciencia funcionalmente subordinada a la propia reproducción de la desigualdad. Claro que nuestras conciencias son también un producto social que incluso muchas veces corre por detrás de las propias leyes que los Estados generan (pensemos por ejemplo en la despenalización del aborto y las estrategias de objeción de conciencia, o en

la violencia física de género que es ilegal hace décadas, pero que fue condenada sólo ocasionalmente hasta estos días). Se postulan valores que luego la práctica niega.

La realización de la libertad y la igualdad, como consenso discursivo, es muchas veces también sólo un postulado. Retomamos en este *dossier* la idea de Judith Butler de que hay vidas que tienen un valor distinto a otras, a pesar de las legislaciones y de una supuesta universalidad de derechos. Por muchos esfuerzos que los Estados más virtuosos puedan hacer, las contradicciones que existen en la sociedad civil no pueden ser resueltas únicamente a través del accionar del Estado. Hay una continua lucha por la imposición de los significados de la que todos formamos parte y que no ocurre –solamente– en el Estado.

Es en ese escenario de cosmovisiones contrapuestas en la que nos instalamos. En lo que Antonio Gramsci llamaba la construcción de una voluntad colectiva. Discutimos para roer el sentido común, para poner en cuestión las formas establecidas de reproducción de las jerarquías sociales. Concepciones del mundo, lucha de cosmovisiones, batalla cultural, como prefieran llamarlo. Las ideas, más que las leyes, son las que predominan. Porque en el fondo, siempre se trata de ellas. Y es por eso también que insistimos tal vez tercamente –cruzando en rojo todos los semáforos de los consumos culturales– en seguir escribiendo y publicando una revista cultural. **D**

VIDAS PRECARIAS

Nuestras legislaciones -salvo las muchas excepciones del caso- tienen instrumentos avanzadísimos de protección de derechos humanos, y reconocimiento de derechos sociales, económicos y culturales. Sin embargo, no todos pueden acceder a su reconocimiento. Las vidas, a pesar de la supuesta igualdad jurídica y política de los miembros de nuestras sociedades, tienen distintas valencias. De cara a las próximas elecciones, se hace preciso evaluar como ciudadanos las condiciones que contribuyen a precarizar la vida cotidiana de diversos sectores de la población. En Córdoba se nos impone, además, la tarea de devolver a ciertos sectores vulnerados/bles el pleno acceso a un conjunto de derechos que les fueron expropiados por los últimos gobiernos provinciales.

Precariedad(es)

Eduardo Mattio*

En algunas perspectivas filosóficas del Norte global ha circulado recientemente la preocupación por examinar bajo qué condiciones se hace posible vivir una vida digna de ser vivida. Frente al impacto que han tenido las gravosas consecuencias de las políticas económicas neoliberales en EE. UU. y en Europa al menos desde 2008, Judith Butler, entre otros/as autores/as, ha centrado su reflexión política en el problema de la precariedad (o de la desposesión), y de este modo se ha propuesto fundar sobre nuevas bases una política de izquierdas capaz de consolidar una comunidad democrática menos excluyente. Con tal propósito en mente, ha señalado en el término “precariedad” una doble valencia que permite deslindar, por una parte, la común condición de vulnerabilidad a la que cualquier ser humano se ve sujeto y, por otra, la maximización política o económica de dicha condición en el contexto de las biopolíticas neoliberales hegemónicas. Es decir, mientras que la precariedad (en inglés, *precariousness*) habla de aquella dimensión ontológica según la cual somos, desde el nacimiento, un cuerpo expuesto tanto al cuidado como a la violencia de los otros; la precariedad (desafortunada traducción de *precarity*) denota las diversas formas de expropiación con que selectivamente se distribuye el goce pleno de la ciudadanía: en diversos contextos, la salvaguarda de los derechos de ciertos sectores aventajados supone, invariablemente, la desprotección política, económica y cultural de otros sectores precarizados.

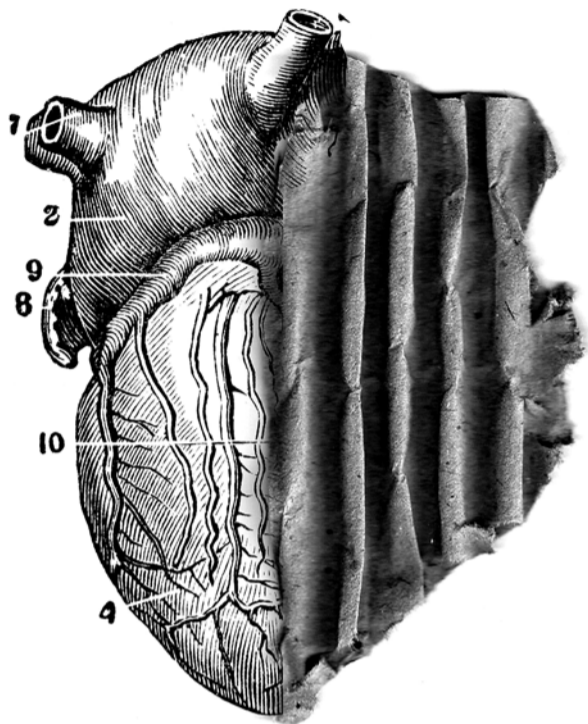
En la misma línea, la autora ha dotado al término “desposesión” de dos sentidos diferenciados. Por una parte, supone que nuestra condición humana está desposeída, descentrada, “fuera de sí” -nuestra corporalidad es intrínsecamente *extática*-; contra las

mistificaciones del atomismo social, cada uno de nosotros está constitutivamente marcado por la interdependencia ineludible que supone el vínculo con los demás y con el marco normativo en el que ese vínculo tiene lugar. Por otro lado, con desposesión también se refiere otro fenómeno impuesto de manera mayormente violenta, a saber, ciertas vidas humanas son privadas -total o parcialmente-, ya por el Estado, ya por el mercado, de aquellas redes de contención que son necesarias para asegurar aquello que sustenta cualquier vida humana (alimento, abrigo, salario, medicación, vivienda, seguridad, entre otros bienes de primera necesidad). Tal como advierte Butler en *Dispossession*, “sólo podemos ser desposeídos porque ya estamos desposeídos. Nuestra interdependencia establece nuestra vulnerabilidad a las formas sociales de la privación”.

También han de sopesarse aquellas regulaciones jurídicas que formuladas con fortuna, aún resultan ineficaces por la resistencia de un medio social y cultural reactivo a la construcción de un escenario democrático más equitativo.

El beneficio más atractivo de considerar la precariedad en el primer sentido radica justamente en admitir todos aquellos límites a la autosuficiencia que trae consigo pensar la propia corporalidad como un fenómeno social, como algo que “está expuesto a los demás, que es vulnerable por definición”; como aquello cuya persistencia depende de condiciones e instituciones sociales que lo exceden y lo

preceden. En efecto, en una ontología que concibe al sujeto como un ser-con-otros, como un ser-singular-plural, no hay lugar para el sujeto individual, autónomo y propietario del liberalismo; o si lo hay, tal figuración supone abstraer al sujeto de aquellos vínculos más básicos que lo conectan con los demás. En un marco que haga lugar a la interdependencia, señala Butler, “somos desposeídos de nosotros mismos por algún tipo de contacto con otros, en virtud de ser movidos y hasta sorprendidos o desconcertados por ese encuentro con la alteridad”. Y aunque ese vínculo constitutivo con los otros pueda resultar estragante -nuestra exposición física deja librados nuestros cuerpos a cualquier forma de violencia-, también es ocasión para diversas formas de encuentro ético y político. En virtud de esa interdependencia es que somos capaces de tejer lazos afectivos, redes de camaradería, articulaciones emancipatorias. En el segundo sentido, en cambio, toda forma de precariedad ha de ser aborrecida y resistida: en tanto proceso gubernamental de expropiación calculada -no se reduce a actos o eventos aislados-, la precarización nos permite considerar todas aquellas formas de “muerte lenta” de que son objeto ciertos sectores de la población que son blanco de la deficiencia o de la omisión estatal. En tal sentido, tal consideración de la precariedad maximizada nos permite mapear y desarticular aquellas formas de racionalidad económica o política que convierten a determinadas poblaciones en resto desechable, y que hacen moralmente responsables a tales sectores de la desprotección a la que son empujados. En otros términos, la gramática que subyace a tales procesos de precarización resulta mortífera, a corto o mediano plazo, porque consolida determinados marcos de reconocimiento en los cuales ciertas vidas no son reconocidas como humanas, o



en los que el costo del reconocimiento supone resignar los propios términos en que ese cuerpo vulnerado/ble desea autodefinirse o autodeterminarse.

En el contexto local estas discusiones no resultan irrelevantes. Aun cuando durante los últimos años los gobiernos populistas latinoamericanos devolvieron al Estado la tarea de minimizar las condiciones que vulneran el pleno ejercicio de la ciudadanía a sectores históricamente precarizados, el espectro del neoliberalismo aún asecha nuestras prácticas políticas, económicas y culturales de diverso modo. De allí la importancia de traducir y situar tales discusiones acerca de la precariedad en el contexto de una batalla cultural que se debate entre quienes promueven o desalientan una equitativa distribución del ingreso y la creciente ampliación de derechos a sectores usualmente expropiados.

En tal contexto, se hace preciso asociar el debate acerca de la precariedad con una idea más perspicua acerca de las violencias que el Estado produce por acción u omisión. En principio, hay que revisar una vez más aquello que se condensa en el término “Estado”: es claro que no refiere una entidad cerrada, homogénea y centralizada. Aludimos más bien a ciertos “efectos de estatalidad”, que fragmentan y distribuyen las operaciones del estado no sólo según poderes (ejecutivo, legislativo, judicial) o jurisdicciones (nacional, provincial, municipal) diferenciadas, sino en una red gubernamental, densa y heterogénea, en la que el poder soberano de gestionar la vida (o de malograrla) se ve fraccionado y concentrado de diversas maneras. Bajo esa concepción del Estado, entonces, en la que el brazo benefico de la ley nos alcanza de manera selectiva y discrecional, ha de evaluarse no sólo la ausencia de aquellas políticas públicas

que lesionan la convivencia democrática: en nuestro país, por ejemplo, no sólo no contamos con una ley que permita la libre y segura interrupción del embarazo a las mujeres que así lo necesiten, sino que criminaliza a aquellas que logran abortar en la mayor indefensión.

La muerte de José Luis
–absolutamente innecesaria–
da cuenta de una sucesión de
desposesiones, de la precarización
continua a la que son arrojadas
ciertas vidas en nuestra
comunidad democrática desde su
nacimiento. De su linchamiento,
de su penoso deceso, entonces,
todos/as somos en alguna medida
responsables.

Por otro lado, también han de sopesarse aquellas regulaciones jurídicas que formuladas con fortuna, aún resultan ineficaces por la resistencia de un medio social y cultural reactivo a la construcción de un escenario democrático más equitativo. Piénsese por ejemplo en la defectiva aplicación de la ley de identidad de género: aunque permite el cambio registral de las personas trans y asegura la asistencia médica para las modificaciones corporales que tales sujetos crean convenientes, se ha vuelto imperioso promover una ley de cupo laboral trans en vista de la persistente transfobia que corroe nuestras prácticas institucionales. Bajo estas condiciones, aseguraba una joven travesti, no sin desaliento, cualquier ley de identidad de género solo parece garantizar el poder poner el nombre elegido a la propia tumba. Nuestro presente cordobés, definido por una consentida gubernamentalidad delasotista,

deja mucho que desear cuando se pretende examinar la capacidad del estado provincial para aminorar la precariedad de la población. Lejos de lograr tal objetivo, los sucesivos gobiernos de José Manuel De la Sota, han profundizado y sofisticado aquellos procesos de precarización que han esquilado la vida cotidiana de aquellos sectores sociales más vulnerados/bles. Basta con recordar la saña con que el estado provincial ha entorpecido el trabajo y la sindicalización de las trabajadoras sexuales, o la discrecionalidad con la que el dispositivo policial persigue a ciertos jóvenes de barrios populares, o la cruenta desidia con la que se permitió la contaminación de barrios y pueblos fumigados en nuestra provincia durante los últimos años, basta con estos pocos ejemplos para reconocer el modo diversificado en que se vulnera diferencialmente la vida de algunos/as cordobeses/as. En todos estos casos, ciertos grupos de la población, son fijados en una posición de marginalidad política que no sólo cercena su condición de ciudadanos, sino que imposibilita el acceso a los bienes más básicos que aseguran la propia supervivencia: ya porque se refuerza la inseguridad laboral, ya porque se obstaculiza el derecho a la libre circulación, ya porque se expone a la violencia de desastres naturales, accidentales o provocados, la gravedad de tales procesos de precarización – justificados por la pertenencia etno-racial, por la identidad sexo-genérica o por la procedencia de clase – es una invitación a examinar nuevamente todas aquellas condiciones sociales, jurídicas e institucionales que aseguran a cada ciudadano/a el logro de una “vida buena”. Cuando un joven como José Luis Díaz muere linchado por sus vecinos en un barrio de la ciudad, en virtud de la supuesta comisión de un delito, no sólo fallan nuestras políticas de seguridad, se abisman también las políticas educativas, sanitarias y laborales que son necesarias para asegurar a todo/a ciudadano/a una trayectoria biográfica reconocible como humana. La muerte de José Luis –absolutamente innecesaria– da cuenta de una sucesión de desposesiones, de la precarización continua a la que son arrojadas ciertas vidas en nuestra comunidad democrática desde su nacimiento. De su linchamiento, de su penoso deceso, entonces, todos/as somos en alguna medida responsables.

Pese a las diversas formas en que se induce y reproduce política o económicamente la precariedad de ciertos grupos sociales, no se inhibe la lucha –tan precaria, como eficaz– de quienes resisten a los procesos de precarización. Las Madres de barrio Ituzaingó Anexo, el Colectivo Jóvenes por nuestros derechos o las compañeras de AMMAR-Córdoba testimonian una disputa incesante que pone el cuerpo vulnerable en la calle a fin de arrebatar derechos debidos pero conculcados. En su trabajo político y territorial se hace evidente una lógica de vulneración de derechos y una manera de desarticularla que nos da pistas para la consecución de escenarios sociales genuinamente igualitarios: cuando se reúnen, cuando reclaman colectivamente, cuando recorren las calles de nuestra ciudad con sus consignas y demandas, esos cuerpos *dicen* que no son desechables. Con su lucha, con su persistencia, regeneran el tejido precario de nuestra vida democrática. Es esa persistencia, esa forma-de-vida en lucha, la que reforzaremos o abandonaremos en los comicios que tenemos por delante. **D**

*Doctor en Filosofía. Docente e investigador de la FFyH.

La precariedad del acceso a la Justicia

Hugo O. Seleme*

El igual acceso a la justicia es un componente esencial del Estado de Derecho. Cuando existe un Estado de Derecho, de acuerdo con la famosa expresión de Theodore Roosevelt, “Ningún hombre está sobre la ley, y ningún hombre está bajo ella”. Nadie tiene tanto poder como para manipular el sistema jurídico a su antojo, ni tan poco como para quedar inerte frente al sistema jurídico sin posibilidad que su voz o sus intereses cuenten. Tal cosa sólo es posible si todos los ciudadanos tienen la misma posibilidad de hacer valer sus derechos a través del proceso judicial. Es decir, si existe un igual acceso a la justicia. La igualdad formal de derechos es vacua si no es posible para todos acceder en pie de igualdad a los mecanismos institucionales que sirven para volverlos efectivos. Podemos tener el catálogo de derechos más robusto, pero si el acceso a la justicia es precario no habrá servido de nada. Los derechos son tan precarios como los mecanismos institucionales que sirven para garantizarlos. La preocupación por agrandar el listado de derechos que no va de la mano de una preocupación semejante por mejorar el acceso a la justicia, es la más sofisticada muestra de cinismo que una sociedad puede dirigir hacia los menos favorecidos. La igualdad formal de derechos sirve como una mentira colectiva tranquilizadora para quienes efectivamente pueden hacerlos valer, y como una quimera inalcanzable para los grupos de excluidos que no gozan de esta suerte.

La igualdad es un ideal complejo que, en palabras de Simone Weil, consiste en “...el reconocimiento público, expresado de manera efectiva en las instituciones y en los modos de comportamiento, del principio que las necesidades de todos los seres humanos merecen una igual atención”. Si el acceso al proceso judicial está condicionado por la clase social, el lugar de residencia, el nivel de instrucción, o cualquier otro factor moralmente arbitrario, la igualdad no está satisfecha. Las instituciones expresan que los intereses de algunos valen más que los de otros. En última instancia, es públicamente reconocido que hay vidas que poseen mayor importancia. La igualdad de acceso a la justicia puede verse vulnerada de dos maneras diferentes: por exceso o por defecto. Es vulnerada por exceso cuando un grupo privilegiado tiene acceso a mecanismos informales –más allá de los institucionales– para hacer valer sus reclamos. Si todos tenemos acceso a los mismos mecanismos institucionales pero algunos pueden hacer oír sus reclamos con mayor fuerza porque tienen vínculos familiares, de amistad, académicos, de clase, etc. con quienes ejercen la judicatura, entonces no existe igualdad de acceso a la justicia. Si el acceso a la carrera de derecho está sesgado por la clase

social o no existen concursos transparentes para llegar a la judicatura, el riesgo de vulneración de la igualdad por exceso es mayúsculo. La igualdad de acceso a la justicia requiere que exista una igualdad de acceso a la judicatura. La igualdad es vulnerada por defecto cuando un grupo de individuos no dispone de las herramientas institucionales adecuadas para hacer efectivos sus derechos. Esto puede deberse a dos circunstancias: porque simplemente no existen las herramientas adecuadas, o porque si bien existen no están a disposición del grupo vulnerable. Un ejemplo puede servir de ayuda para mostrar en qué consiste este modo de vulnerar la igualdad. La falta de protección a la libertad ambulatoria en Córdoba es un caso paradigmático.

Todos los cordobeses tenemos mecanismos institucionales precarios que protegen la libertad ambulatoria, pero algunos ni siquiera pueden acceder a estos mecanismos deficientes. Estos sufren de una doble precariedad ya que tienen un acceso precario a mecanismos institucionales precarios.

En primer lugar, existe en Córdoba un problema con la herramienta institucional adecuada para garantizar la libertad de tránsito. Córdoba no tiene una ley provincial de Hábeas Corpus que establezca el procedimiento que deben adoptar los tribunales provinciales para tramitar este recurso. El mecanismo institucional para proteger la libertad más preciada en nuestro sistema –la de transitar– no está regulado legalmente. Se ha desarrollado en su reemplazo una suerte de regulación jurisprudencial o administrativa. Aunque todos los argentinos tenemos un derecho de rango constitucional a transitar libremente, la protección de la que goza en Córdoba depende de los usos de los jueces o de las acordadas de un tribunal. Todos los argentinos tenemos un derecho robusto a la libertad ambulatoria, pero los cordobeses gozamos de una protección precaria.

En segundo lugar, existe en Córdoba un problema con el acceso a esta herramienta de por sí ya precaria. Aunque todos los cordobeses padecemos el no disponer de un proceso legal para tramitar el hábeas corpus, algunos ni siquiera pueden acceder al proceso precario que depende de la voluntad de los jueces. Todos los cordobeses tenemos mecanismos institucionales precarios que protegen la libertad ambulatoria, pero algunos ni siquiera pueden acceder a estos

mecanismos deficientes. Estos sufren de una doble precariedad ya que tienen un acceso precario a mecanismos institucionales precarios. Quienes desde hace tiempo padecen las políticas de seguridad que hacen de las detenciones en la vía pública su principal herramienta, sufren esta precariedad redoblada. Los ciudadanos que vienen sufriendo estas detenciones –por el mero hecho de habitar un barrio periférico, vestir de determinada manera o hablar de una forma específica– en algunos casos ni siquiera conocen de la existencia del mecanismo del hábeas corpus. Entre quienes lo conocen, existe un grupo que no sabe el modo de utilizarlo. El aparato judicial se les representa como una maraña inescrutable. El grupo reducido que ha hecho una utilización efectiva del hábeas corpus se ha encontrado, hasta hace muy poco, con el rechazo sistemático por parte de los organismos judiciales. Que estos ciudadanos puedan ser detenidos sin orden judicial, que no exista un proceso legal para remediar la detención arbitraria, que no tengan acceso al proceso creado por vía jurisprudencial y administrativa, y que cuando la tienen el pedido sea sistemáticamente rechazado, muestra el desdén que nuestro esquema institucional evidencia hacia ellos. Sus vidas valen menos y por eso no importa que pierdan días detenidos sin motivo o que, movidos por el miedo, opten por no salir de sus barrios o, en el caso extremo, ni siquiera de sus propias viviendas.

La pintura que se obtiene cuando se combinan las diferentes precariedades puede parecer desoladora. Existe un acceso precario –esto es, desigual– a mecanismos institucionales precarios –que dependen del arbitrio de los jueces y no gozan de rango legal– que son puestos en marcha por una judicatura a la que se accede por procedimientos precarios –sesgados por la clase social–. Quienes son víctimas de los diferentes tipos de precariedad han optado por refugiarse en guetos construidos con muros invisibles de miedo y desdén. Han dejado de soñar con ser iguales ante la ley y se han acostumbrado a estar debajo de ella. Ni se les ocurre que pueden hacer valer sus derechos y menos aún que ellos o sus hijos puedan ocupar la judicatura. Han internalizado que hay ciudadanos de primera y de segunda. De nosotros depende que la igualdad deje de aparecer a sus ojos como una quimera. Para quienes nos beneficiamos de un esquema institucional que condena a otros a vivir vidas precarias, la desolación no es una opción. La única opción decente es la acción. La acción política en beneficio de quienes están precarizados. **D**

*Director del Programa de Ética y Teoría Política (UNC) Profesor, Investigador del Conicet

Una ciudad para Mónica. Trayectoria social de una mujer indígena migrante

José María Bompadre*

La historia de Mónica es de película. Cualquier director avezado podría recrear una trama jugosa, inscribiendo en el rodaje las distancias sociales más profundas aludidas por Rancière entre la “igualdad proclamada y la desigualdad vivida”. Pocos recuerdos le quedan de *Yacaré Pytâ* (el yacaré rojo), su lugar de nacimiento en el vecino Paraguay. Pudo regresar veinte años después de que una familia del Cerro de las Rosas la introdujera a nuestro país en forma ilegal, para servir. Ya no masca tabaco como cuando era niña. Recuerda a menudo a sus trece hermanos y cómo muchas veces la cuidaban “atándola” para garantizar que su madre alcohólica trabajara en las plantaciones de caña de azúcar. Actualmente es profesora de guaraní, lengua materna ancestral desde donde procesa los recuerdos “más lindos”: dar de comer a los “animalitos”, transportar la mandioca y jugar con sus hermanos. Casada y con tres hijos, evoca entre risas y tristezas lo que asegura sigue pasando en *Yacaré*. Cuando la historia se hace cuerpo, las palabras escapan a la biografía para conformar una trayectoria social desde donde percibir, apreciar y actuar en el mundo. Desde este principio bourdesiano pensamos y recuperamos la historia de Mónica, una niña de diez años traída a Córdoba como sujeto de servidumbre.

“Me iban a traer a esa ciudad y yo no sabía qué era”

Con una identidad falsificada y sin hablar castellano, tuvo que aprender a “poner la mesa”, a limpiar la casa donde vivió por casi cinco años y en algunas ocasiones a trabajar en un negocio del hijo de la familia que la alojaba. La promesa de estudiar realizada a su madre pudo cumplirse cuando logró escapar y vivir en un hogar de Villa Páez, que la hospedó durante casi tres años más. Hizo el primario y un secundario para “adultos” en total ilegalidad, mientras un cura párroco la ayudó a tramitar su partida de nacimiento, lo que le permitió obtener el documento de identidad a los casi veinte años.

Hoy se ríe cuando recuerda que le decían “¡bestia, no sabés servir!”. Tuvo que soportar golpizas y hasta que “le pisaran el cuello”. Cuando pudo escapar se fue con lo puesto, dejando su ropa, sus zapatos y hasta “los dientes postizos”.

(Des)ilusionada por estar en la ciudad de la que “no sabía qué era”, se refugió en el guaraní para rezarle a Ñandeiara y pedirle volver a ver viva a su madre. En muchos momentos lloró y suplicó regresar a “su” monte, especialmente cuando la engañaban diciéndole que las luces que se veían “a lo lejos”, era el Paraguay. Apenas pudo dialogar con su mismidad el pasaje de niña a mujer. Las asperezas de lo extraño se fueron haciendo callos y fueron matizando las diversas formas en que se representó volver. “¡No! Nunca me fui, pero siempre me pensaba ir”: las palabras resuenan entre dientes cuando asegura haberse querido quitar la vida, consumiendo el “trapax” que le robó al dueño de la casa donde se alojaba. El enfático incentivo a la escolarización de sus hijos, traduce la superación de no repetir historias. Sin desagendar que uno vive como puede y no como quiere (casi como una reverberancia marxiana), auspicia una vida buena para ellos, mediada de caricias que suplen aquellas que no tuvo, cuando la más vil de las deshumanizaciones alienó su estar siendo en el mundo.

La biopolítica de la identidad

Mónica entendió –escolarización mediante–, que debía ser un sujeto documentado. Pudo saber que había ingresado a la Argentina con la identidad de otra persona, gracias a los contactos que tenía una familia amiga, en Migraciones del Paraguay. Su foto e impresión digital eran verdaderas, pero el nombre que le había sido dado pertenecía a otra niña. Cuando solicitó a su madre la partida de nacimiento, también corroboró que sus hermanos estaban indocumentados. A la muerte de ella, el mayor de todos tuvo que reconocer legalmente a los más chicos, vivientes en el Paraguay. Los trámites para obtener el documento argentino le llevaron mucho tiempo. Un lugar preferencial en esta historia lo tienen la directora de escuela que le permitió ingresar sin acreditar identidad y el cura párroco que la estimuló a continuar el secundario e intermedió para que lo obtuviera. No obstante, su identidad falsa formalizada en una cédula “trucha”, como la llama, sirvió para poder atenderse en varias oportunidades en el Hospital de Niños, aún cuando la historia clínica estaba a nombre de otra persona.

Sus palabras están más cargadas de agradecimiento a personas que la ayudaron, que a dilucidar los mecanismos estatales del biopoder. “Irregular”, “ilegal”, “indocumentada” se entran en su historia de vida a partir de una experiencia profunda de dolor y soledad. Estos dispositivos clasificatorios, pensados otrora para las llamadas “clases peligrosas”, se han convertido en marcaciones morales donde la discriminación y –cuando no– la xenofobia se extienden a colectivos migrantes de países vecinos.

En este caso, los aparatos de registro implican un control poblacional y un ordenamiento social que inciden en la distribución social de los cuerpos y en la regulación normativa de la vida. A su vez, el control de los cuerpos se opera a través de maquinarias estatales complejas, las que a la vez que se materializan en corpus jurídicos específicos, lo hacen también en instituciones reguladores de los mismos. En este sentido, los derechos humanos, por su ontología individual y –supuestamente– universal sobre lo referente a las personas, se vuelven prescriptivos y una declaración de principios cuando colisionan con las condiciones sociales de existencia de los sujetos a los que refieren. Si en la “igualdad proclamada” se formaliza la metáfora del poder igualador de los cuerpos, en la “desigualdad vivida” es donde se constatan las operaciones radicales de alteridad que los des-igualan y sumen a muchos de ellos al monopolio de otros sobre la vida. A Mónica se le fabricó una ciudad por fuera de la ilusión de pequeña que quería saber lo que había allende el monte. Su triple desprotección en tanto mujer, niña y migrante ilegal, la conminó a las condiciones más miserables de explotación y engaño, a un entorno afuerino al que no pudo confesarle la desgracia de su *nuda vida*. Por la porosidad del biopoder, se entró como pudo para contestar su condición y como denuncia sin tribunal que pudiera explicar la existencia de mecanismos que reproducen el tráfico controlado de personas. La performatividad de sus palabras refiere a otra ciudad querible. La ciudad *para* Mónica fue purgando una ciudad *de* Mónica y su familia. Pero tiene sospechas fundadas. Teme que en el monte se sigan fabricando ciudades y controlando los cuerpos. **D**

*Antropólogo. Coordinador Programa Diversidad Cultural. SEU

“Algo habrán hecho...”.

O de muertes más o menos merecidas

Natalia Bermúdez*

Los chicos se nos están muriendo... me dijo un día Elba, una de las consideradas “señoras mayores” de villa El Nailon. De unos sesenta años, Elba había dispuesto varias fotografías enmarcadas sobre una de las paredes principales del comedor de su casa, de las cuales pendían, a su vez, estampitas de santos. Santos que parecían proteger a cada uno de los retratados. En las fotos que Elba me señalaba se podían ver a jóvenes varones, posando en distintas canchitas de fútbol. ¿Ves este de acá? a este lo mató el vecino, a este lo mató su compañero, a este lo mató la policía...

Lejos de ser un recuento distanciado y estadístico, el relato de Elba aparecía poblado de apodos, detalles e historias dolorosas. Dolorosas especialmente porque esas muertes venían acompañadas de acusaciones morales que Elba rechazaba con amargura. *Muchos dicen: “algo habrán hecho” o “quien mal anda, mal acaba”, pero no es así...*

Tal como lo materializan los retratos de Elba, el morir siendo joven atraviesa por una etapa de progresiva normalización en los sectores populares de nuestro país, producto de múltiples entramados entre los que se encuentran la escasez de recursos materiales y sociales, la criminalización de la pobreza, el consumo de drogas, la represión policial abusiva y conflictos entre grupos locales.

Cuando conozco a Rosa, quien vive en otro populoso barrio de la ciudad, me pide que no grabe nuestras charlas. De unos cincuenta años, había quedado viuda hacía más de una década, y desde entonces trabajaba como empleada doméstica en casas de familias de barrios de la clase media alta cordobesa. La relativa continuidad laboral, junto a la conformación de su familia con varias hijas mujeres que se hacían cargo de las actividades cotidianas de la casa y del cuidado de los hijos y nietos más pequeños, le permitían contar con ciertos recursos económicos y disponibilidad de tiempo para dedicarse a visibilizar lo que le había ocurrido. Rosa había perdido a dos de sus diez hijos: uno asesinado en un barrio vecino, y al año siguiente, pierde al Pelado, quien muere a pocas cuadras de su casa, producto de dos disparos.

Unos vecinos se molestaron conmigo cuando dije que a mi hijo lo mataron cuando iba a comprar un porro (de marihuana), me explicó. Considerando esta mala experiencia es que no quería que yo grabara y me comentó que tampoco quería que todo eso se dijera en el juicio. Cuando le respondí que era muy común fumar porros, que seguramente algunos abogados y jueces también lo hacían, Rosa no sólo me miró ciertamente desconcertada –al parecer no era la respuesta que esperaba–, sino que también

así lo hizo saber cuando le tocó declarar en el recinto de tribunales: *ahora todo el mundo fuma porros*, sostuvo Rosa. Evidentemente estas disquisiciones, que para mí podían resultar vanas, no eran menores a la luz de lo que se pretendía demostrar. Para ella resultaba necesario evitar que en ciertos contextos se *ensuciara* a su hijo.

Tener a dos hijos muertos en circunstancias similares la sumergía a Rosa en cierto estado de sospecha. Si bien en ocasiones esta situación la convertía en merecedora de una especie de respeto mayor por el dolor acumulativo que esta doble experiencia podía provocarle, también la alcanzaban ciertas acusaciones por no haber educado *bien* a sus hijos ni haberlos prevenido de tal riesgo. Acusación que implicaba tanto un juicio moral sobre las cualidades personales de los jóvenes muertos, como cierta responsabilidad no cumplida como madre.

Los allegados deben disponer creativamente de innumerables argumentos para limpiar la reputación de quien muere, “no era un delincuente”, “era de buen corazón”, “mi hijo estudiaba”.

El juicio oral se produjo en 2010, después de algo más de dos años del fallecimiento del Pelado. Fueron acusados dos jóvenes, el Vitín –cuyo apodo le daba nombre a la *banda* que lideraba–, y el Negro, ambos vecinos del barrio. La causa se definió más o menos en estos términos: los jóvenes le dispararon sorpresivamente al Pelado y a su amigo porque pensaron que venían a atacarlos por venganza. Al parecer, la *banda* había agredido previamente a un chico de la misma cuadra del Pelado. Pero según se demostró en el juicio, ni el Pelado ni su amigo tenían armas, por lo que se desestimó la intención de posibles represalias. Prevaleció en cambio la versión de que caminaban por ahí porque iban a comprar porros.

En el transcurso del juicio y en concomitancia con la evaluación de las “pruebas”, fueron sopesadas las reputaciones morales del Pelado por un lado y la del Vitín, por el otro. Que el hijo de Rosa tuviera trabajo relativamente estable, hijos reconocidos, secundario completo y no tuviera antecedentes, sin duda fueron características altamente valoradas y resaltadas por abogados y fiscales. El agresor en cambio no había “reconocido” a sus hijos porque no tenían su apellido, no recordaba el nombre de su supuesto patrón, y tenía antecedentes penales. De nada valió su manifestación de “intenciones”: *que quería ir a la escuela pero*

que tenía que cuidar a sus hermanos, que había querido darles el apellido a sus hijos pero que estaba preso en el momento de anotarlos, que no recordaba el nombre completo de su patrón, sólo el apodo.

Las reputaciones morales tanto del muerto como de quien supuestamente le dio muerte, residieron en la valoración por parte de los funcionarios judiciales del tránsito “previsible” de los jóvenes por una serie de instituciones legitimadas socialmente (escuela, familia, trabajo), así como de la posibilidad de validación y demostración a través de certificados, trámites y documentos.

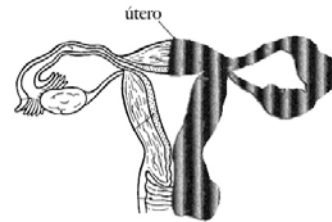
Es en este mismo sentido que Elba, sagazmente, ponía el acento sobre las acusaciones que recaen sobre las familias de los muertos, y en especial sobre sus madres, con fuertes implicancias sobre la vida de las personas. Los allegados deben disponer creativamente de innumerables argumentos para limpiar la reputación de quien muere, “no era un delincuente”, “era de buen corazón”, “mi hijo estudiaba”.

Ahora bien, acusaciones morales tales como “algo habrán hecho o “por algo será” no resultan ciertamente novedosas en Argentina, en especial si exploramos nuestro pasado reciente. Algunas autoras ya han analizado cómo el trabajo simbólico efectuado por las Madres de los desaparecidos de la última dictadura cívico-militar, permitió legitimar y consolidar la lucha política de sus hijos, por medio de la interpelación a valores trascendentes como la solidaridad, el amor por los demás o la búsqueda de un país mejor. Lo que las Madres estaban denunciando eran crímenes en contra de la familia, intentando transmitir al mismo tiempo una imagen de “buen hijo” del/a joven desaparecido/a y de una vida familiar “normal”. Podríamos decir entonces que el trabajo político y simbólico de moralización de las y los hija/os desaparecidos, permitió legitimar y consolidar los reclamos de justicia, asiendo las tensiones y acusaciones presentes a esa “trascendencia moral”.

Pero, ¿qué podríamos decir de las muertes enumeradas por Elba? ¿Qué posibilidades tienen algunas madres de reivindicar a sus muertos? Y, en todo caso, más aún ¿por qué parece necesaria todavía la reivindicación moral para reclamar justicia, para inscribir esas muertes en un drama colectivo?

Sin duda, los enjuiciamientos morales restringen el ya intrincado acceso a la justicia oficial y socavan las maneras en que las personas provenientes de sectores populares se conciben sujetos de derechos. **D**

* Antropóloga.



Gol de mujer

Leticia Floriani *

“Mujer si te han crecido las ideas de ti van a decir cosas muy feas: que no eres buena, que si tal cosa, que cuando callas te ves mucho más hermosa”. Así canta Amparo Ochoa un poema de Gloria Martín. Parece raro iniciar un texto así, porque en estos días la violencia hacia las mujeres es un tema en agenda y está muy bien y muy hermoso y muy maravilloso. Pero cabe preguntarse qué es lo que sucedió para pasar de ser un tema relegado, a estar en boca de todos y de todas, en los medios de comunicación nacionales, en las redes sociales, en los lápices de los artistas. Desde hace muchos años organizaciones sociales, tanto político partidarias como independientes vienen luchando visibilizando la situación, para que se accione ante ella. Dios está en todas partes pero atiende en Buenos Aires y la frase se vuelve cierta cuando, a pesar de ser Córdoba una de las provincias con mayores índices de violencia y femicidio del país, no fue hasta que Buenos Aires lo marcó en su agenda que se volvió noticia. La inmediatez de las redes sociales permitió que la convocatoria a la marcha cobrara notoriedad y que se masificara la propuesta inicial de un grupo de periodistas y activistas porteñas. El 3 de junio marchamos miles y miles de personas en todo el país para decir ni una (mujer) menos, ni una (muerta) más. Los colectivos feministas y organizaciones sociales vienen luchando desde hace años para acabar con las desigualdades de derechos entre hombres y mujeres, para garantizar la extinción de las violencias, el fin del machismo. Juntas fueron gestando pacientemente esta marcha, que si bien no termina con los femicidios, ni detiene las violencias, las visibiliza y llama a su fin.

Hay una distinción teórica entre los términos femicidio y feminicidio. Femicidio como término jurídico que designa al asesinato de mujeres realizado por hombres motivados por odio, desprecio o sentido de la propiedad. Feminicidio, por otra parte, denomina al conjunto de delitos hacia las mujeres, las acciones previas que suelen terminar en el asesinato de la mujer. Es un término que critica la naturalización de la violencia hacia las mujeres en todos los ámbitos. Si bien en la marcha del 3 de junio se pidió parar con los femicidios se usó ese término incluyendo lo que significa feminicidio, con todo lo político que abarca. En los siguientes párrafos nos referiremos al concepto desde esta consideración.

En las últimas semanas también se criticó que se pida por Niunamenos y no por todas las formas de violencias, aduciendo que también hay varones víctimas de violencia. Sucede que el patriarcado sostiene un orden asimétrico, autoritario y jerárquico que se traslada en dominación, en el ejercicio de poder y de decisión de unas personas sobre otras solo por razones de géneros. Es en esta estructura, en estas formas de ejercicio de poder que entendemos al femicidio, como el modo más extremo de ejercicio de la violencia contra las mujeres por razones de género.

Queremos ocupar espacios de toma de decisiones, queremos decidir sobre nuestros cuerpos, sobre nuestra maternidad o no maternidad, elegir la ropa que vamos a usar sin que nadie se crea con derecho a uso por eso, disfrutar de nuestra sexualidad.

Coincidimos con **Ana Morillo**, trabajadora social del ámbito de la salud y del movimiento de mujeres, cuando plantea: “En realidad de lo que tenemos que hablar es de lo que va por debajo, lo que va llevando al femicidio, de todas las muertes cotidianas en los distintos ámbitos: laborales, domésticos, recreativos. Todas las pequeñas muertes a las que las mujeres son sometidas cotidianamente por las violencias. Pequeñas muertes en el ejercicio libre de la sexualidad, pequeñas muertes en el proyecto de vida, pequeñas muertes en las relaciones personales, planteado en términos de muerte pero de posible modificación. Por eso, hablar de femicidio es hablar de lo que el patriarcado hace con las mujeres, de la forma en que el patriarcado hace desaparecer mujeres”.

El machismo mata. No es una cuestión de inseguridad. En la mayoría de los casos las mujeres son muertas por un exámo o algún allegado a ellas. Queremos que se terminen los femicidios pero también queremos vidas dignas de ser vividas. La vida exige: exige que se cumplan condiciones sociales y económicas. La precariedad de una vida implica vivir socialmente nuestra vida en manos de otros (Butler, 2010). El hecho de que el cuerpo sea un fenómeno social hace que esté expuesto hacia

otros y eso lo vuelve vulnerable, permeable a cualquier tipo de violencia (la simbólica también lo es hacia un cuerpo). La violencia, su significado, cambia según el paradigma hegemónico de la época. Lo que queda claro es que siempre es hacia un cuerpo. Que el cuerpo entra en la disputa de futuro. Que sin cuerpo no hay nada.

Por lo que se pidió ese 3 de junio es por el fin de las muertes de las mujeres y por la propositiva: queremos ocupar espacios de toma de decisiones, queremos decidir sobre nuestros cuerpos, sobre nuestra maternidad o no maternidad, elegir la ropa que vamos a usar sin que nadie se crea con derecho a uso por eso, disfrutar de nuestra sexualidad sin ser etiquetadas de nada, tener el mismo derecho de sueldo que otros trabajadores por el mismo salario, que nadie se crea con el poder de decir que si sos jefa es por malcogida o por trepadora. Queremos elegir de qué manera vivir esta vida, que es nuestra.

Para nosotras esa tarde del 3 de junio las cosas cambiaron para siempre, porque más allá de la foto, del hashtag, de las palabras, se redobló la apuesta: no solo se hizo visible la violencia de género sino que se pidieron acciones concretas para erradicarla: la implementación efectiva del Plan Nacional de Acción para la Prevención, la Asistencia y la Erradicación de la violencia hacia las mujeres, garantizar que las víctimas puedan acceder a la justicia, elaborar el Registro Oficial Único de las víctimas contra la violencia hacia las mujeres, garantizar la Educación Sexual Integral en todos los niveles educativos y por la protección de las víctimas de violencia. Algunas ya se pusieron a andar, como el Registro Oficial Único desde la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, o el aumento de denuncias por violencia de género que podría ser un indicador para saber que las mujeres no están peleándola solas.

Las palabras de Amparo Ochoa vuelven a sonar, pero esta vez como un deseo, un mojón en la montaña: *Mujer, espiga abierta entre pañales, cadena de eslabones ancestrales. Ovario fuerte, di lo que vales, la vida empieza donde todos somos iguales. Ángela, Jane y antes Manuela. Mañana es tarde, el tiempo apremia.* **D**

*Técnica productora en medios audiovisuales y docente.

Paridas por los feminismos: sobre las articulaciones políticas del #Niunamenos

Natalia Martínez*

El pasado 3 de junio asistimos a una de las mayores movilizaciones en contra de las violencias de género bajo la consigna #NiUnaMenos. La convocatoria surgió de la iniciativa de un grupo de periodistas que convocaron al evento desde sus cuentas de *Twitter* y la cual rápidamente se “viralizó”, logrando que las manifestaciones se produjeron simultáneamente en más de 80 ciudades del país, así como en diversas ciudades de Chile y Uruguay. Esta masiva asistencia, que aún no deja de sorprender, nos invita a reflexionar sobre un fenómeno que claramente excede a una iniciativa aislada y espontánea, y en cambio da cuenta de un proceso de articulación política que se viene gestando desde hace décadas.

Lo que primero sorprende, al menos a quienes venimos trabajando y militando sobre estos temas, es la visibilidad pública que adquirió la convocatoria. Las adhesiones se multiplicaron luego de que la iniciativa fuera lanzada, aunque no de forma exclusiva por las organizaciones que histórica y típicamente suelen adherirse a un evento organizado en contra de la violencia de género; recordemos que el movimiento amplio de mujeres y feministas organizan movilizaciones anuales los 25 de noviembre, el *Día de la Lucha contra la Violencia hacia las Mujeres*, desde que se instalara en el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano en 1981. El #Niunamenos produjo una visibilidad que nunca alcanzaron las fechas históricas de los feminismos, tomando dimensiones inimaginables y radicalmente heterogéneas al involucrar adhesiones de figuras mediáticas como Lionel Messi y Juan Martín del Potro, Susana Giménez y Moria Casán, y reconocidos activistas por los Derechos Humanos como Estela de Carlotto y Adolfo Pérez Esquivel. A diferencia de las interpretaciones que enfatizan la gravedad y actualidad de la violencia de género, entonces, proponemos comprender la concurrencia masiva de las movilizaciones argentinas el pasado 3 de junio a partir de un breve abordaje de las articulaciones políticas que las sostuvieron, no sólo en su dimensión organizacional, sino también en torno a las modalidades y los sentidos que se asignaron a las reivindicaciones levantadas. En primer lugar, como llegaron a destacar casi todos los medios, la mayoría movilizada eran mujeres. Hubo una fuerte interpelación hacia la población femenina como destinatarias de un problema que las afectaba directamente. Parecieron no importar sus diferencias ideológicas, partidarias, de edad, de procedencia social, de orientación sexual, de educación... todas fueron igualmente interpeladas “como mujeres afectadas por la violencia de género”, agredidas y amenazadas no por hechos excepcionales, exclusivos de su historia personal, sino por el hecho de “ser mujeres”, de ser identificadas y reconocidas como mujeres.

En segundo lugar, esa aparente homogeneidad del reclamo se sostuvo sobre una clara heterogeneidad de organizaciones y colectivos movilizadas. Aún cuando hubo una fuerte presencia de personas “a

título individual”, sin identificaciones políticas o sociales explícitas, los reclamos en contra de “la violencia de género” movilizaron a importantes sectores sociales y colectivos organizados. Con consignas como “matar a una travesti también es femicidio” o “la violencia machista mata” distintas organizaciones del colectivo LGTTTBI (lesbianas, gays, travestis, transexuales, transgéneros, bisexuales e intersex), como la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans (FalGBT) o la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) adherieron y participaron de la convocatoria. A ellas y ellos, se sumaron asociaciones de base, partidos políticos, sindicatos, universidades, ONG y organismos de DD. HH., e incluso referentes de la Iglesia católica y del sector gubernamental.

En tercer lugar, es interesante atender la particularidad de los reclamos. Es notable que las demandas repetidas en todas las movilizaciones del país apelaran específicamente a la intervención estatal. A diferencia de otras iniciativas¹, las marchas en la Argentina tuvieron como una de sus principales reivindicaciones la declaración de Emergencia Nacional para combatir la violencia hacia las mujeres y la aplicación e instrumentación de la Ley Nacional 26.485, sancionada en 2009. Entre otras de las demandas dirigidas al Estado, se reclamaron estadísticas oficiales, patrocinio jurídico gratuito, creación de más hogares/refugio con asistencia interdisciplinaria, y capacitación al personal del Estado, agentes de seguridad y operadores judiciales. De esta manera, como un atributo que parece distinguir a los mandatos de la última década, el Estado no sólo adquirió un rol privilegiado en la recepción de los reclamos, también lo tuvo en el ejercicio del propio reclamo. Esta particularidad del rol del Estado en la movilización tuvo también otras repercusiones. Una de las características del #Niunamenos en la Argentina fue la disputa política que pareció dividir a quienes participaban entre sectores “kirchneristas” y “opositores”. En algunos casos, en el sector “opositor” también se distinguían los movimientos y partidos de izquierdas, como en Entre Ríos donde se organizaron tres manifestaciones paralelas. Aun así, en casi todos los casos, la cobertura mediática enfatizó la ausencia de incidentes y el espíritu solidario. Incluso más, en la mayoría de los casos las banderas políticas no encabezaron las marchas y no hubo oradores partidarios al término de las movilizaciones. En el acto de Capital Federal, el más masivo del país, el documento con los reclamos fue leído por figuras del mundo de la cultura, no de la política.

Pero esta aparente despolitización del evento, en realidad estuvo marcada por una fuerte politización de la violencia hacia las mujeres en un sentido definido. Como una última característica del #Niunamenos, se hace imprescindible destacar la presencia de organizaciones y activistas explícitamente identificadas “como feministas”. Una presencia que no sólo se materializó en

el color violeta preponderante de todas las movilizaciones –hasta el Congreso de la Nación estuvo iluminado de ese color propio de los feminismos durante la jornada– sino que, sobre todo, se visibilizó en las consignas. Es notable que la interpretación dominante sobre los recientes asesinatos de mujeres se refiera de forma excluyente a la “violencia de género” y a los “femicidios”, ambas categorías instaladas por los feminismos. Históricas parecen ya las referencias a los “crímenes pasionales”, nominación que aludía a un arrebato de locura de la persona agresora y que en la mayoría de los casos implicaba una atenuación de su condena. Tampoco tuvieron eco los lemas que intentaron vincular la violencia de género a un problema de “seguridad” (carteles como: “basta de inseguridad familiar”). En contraposición a este tipo de argumentos, los documentos leídos al término de las movilizaciones del #Niunamenos aludieron a los asesinatos de mujeres como una condensación extrema de un tipo de violencia particular, la “violencia machista”, que se ejerce contra las mujeres por el hecho de ser mujeres, por la devaluación de lo femenino, por una cultura que piensa “a la mujer como objeto de consumo y descarte y no como una persona autónoma”². Asimismo es destacable que los reclamos que circularon y se leyeron excedieran ampliamente la atención y prevención de los “femicidios”. También se refirieron a la violencia mediática que cosifica los cuerpos femeninos, a los estereotipos que les impiden a las mujeres vivir con libertad su sexualidad y en particular, a la violencia que se ejerce al impedirles decidir libremente sobre sus propios cuerpos, sobre el impedimento a un aborto libre, legal, seguro y gratuito.

De aquí la enorme sorpresa sobre la magnitud de las movilizaciones. Porque aún cuando los feminismos no son novedosos en la Argentina, de hecho llevan más de un siglo de historia, su presencia no ha dejado de ser fragmentaria y minoritaria en relación a la dimensión pública que han adquirido otros activismos. Quizás la enorme visibilidad del evento se explique entonces por el hecho de que los feminismos siempre han sido múltiples y heterogéneos, radicados en la academia, la militancia popular, la política partidaria, las ONG... aún cuando se siga pretendiendo su invisibilización. **D**

*Politóloga

¹ En Chile, por ejemplo, las reivindicaciones no se articularon en torno al rol del Estado, sino sobre la sensibilización a la sociedad. Como sostuvo Soledad Rojas, miembro de la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, la “situación es tan precaria” en el ámbito legislativo que les “parece más importante sensibilizar a la población”. Nota disponible en: <http://www.vanguardia.com.mx/marchanargentinachile-uruguaycontrafemicidios-2335180.html>

² Extraído del documento leído en Capital Federal. Disponible en: <http://www.infojusnoticias.gov.ar/nacionales/ni-una-menos-es-un-grito-colectivo-es-construir-un-nuevo-nunca-mas-8716.html>

Tierra de Periodistas



CRISTIAN
MALDONADO

MAX
DELUPI

CÉSAR
BARRACO

MARIO
PENSAVALLE



580

UNIVERSIDAD

Tu propia voz

“Es el momento de mayor libertad artística hasta ahora”

A días de su regreso a la ciudad – se presentará el 1 de agosto –, hablamos con Pedro Aznar, uno de los gigantes de la música popular argentina actual de todo... o casi todo. Su pasado, su presente y su futuro, el rock, la industria y de cómo recibió la noticia del nombramiento de Teresa Parodi como ministra de Cultura.

Gonzalo Puig*

Definitivamente existe hoy en día la idea de que los géneros musicales y las bateas en las disquerías no existen. Los límites se van borrando y para horror de muchos empresarios, productores y periodistas, la libertad del artista se expande a lugares impensados. Pero ese consenso al cual parece haber llegado hoy, fue producto de una larga lucha cultural, donde muchos artistas populares se arriesgaron hacia extremos que pudieron haberlos llevado al ostracismo. Pienso en Piazzolla, en Charly García, Spinetta y Mercedes Sosa, aunque hay muchos más, que mezclaron e hicieron un lindo menjunje, que para el conservadurismo cultural argentino siempre fue repulsivo, al contrario de nuestros hermanos brasileños que hacen del canibalismo cultural una forma de supervivencia.

Dentro de ese grupo de artistas está Pedro Aznar, uno de los tipos que aportó a construir esa idea de desprejuicio, que no sabe de límites, que pisa escenarios jazz, pop, rock y folclóricos. Aznar es uno de esos músicos que nos hacen saber que a pesar de la insensibilidad y el esmog, a pesar del atiborramiento de propagandas, a pesar de la contaminación perceptiva urbana de esta era, todavía existe la belleza.

Ese hombre que se subía por primera vez a un escenario allá por 1974 – con solo 14 años – con Madre Atómica y que fue parte de Serú Girán, es hoy uno de los referentes indiscutidos de la música popular argentina. Pedro Aznar volverá a Córdoba, para presentarse el 1 de agosto en el Quality, pero antes charlamos con él sobre todos estos años en el escenario y su actualidad.

–Casi han pasado 40 años desde tus primeras tocaditas en Madre Atómica, ¿hay algo de aquel Pedro de 15 años en el actual?

– ¡Mucho! Sigue habiendo curiosidad, búsqueda, respeto por el oyente y una tremenda pasión por lo que la música es y por cómo nos transforma.

– ¿Qué cosas no debe perder nunca un músico con el paso de los años?

– La humildad, las ganas de seguir aprendiendo, la capacidad de asombrarse y emocionarse.

Se ha dado, felizmente, en nuestro país, es un proceso de diálogo y fusión entre estilos, desde los años 60 hasta ahora. Desde Gustavo Santaolalla y León Gieco hasta Abel Pintos y yo, por poner unos pocos ejemplos.

– Con tantos escenarios recorridos, tantos viajes, ¿seguís teniendo latente recuerdos específicos como la primera vez con Madre Atómica, el primer cruce con García o incluso el primer ensayo con Serú? Pregunto esto, porque muchas veces desde afuera, pareciera que la vida de los artistas tiene tanto movimiento, que uno se imagina que el frenetismo hace perder esas cosas para taparlo con algo nuevo.

– ¡Por supuesto que me acuerdo de todas esas cosas! Son momentos inolvidables... Lo que sí se empieza a borrar en la memoria son los innumerables cuartos de hotel, los aeropuertos, y hasta los teatros. No hay manera de procesar esos miles (literalmente) de lugares y recordarlos todos en detalle. ¡Y es mejor que sea así! De otra forma, nos volveríamos locos, ¡más de lo que ya estamos! (risas).

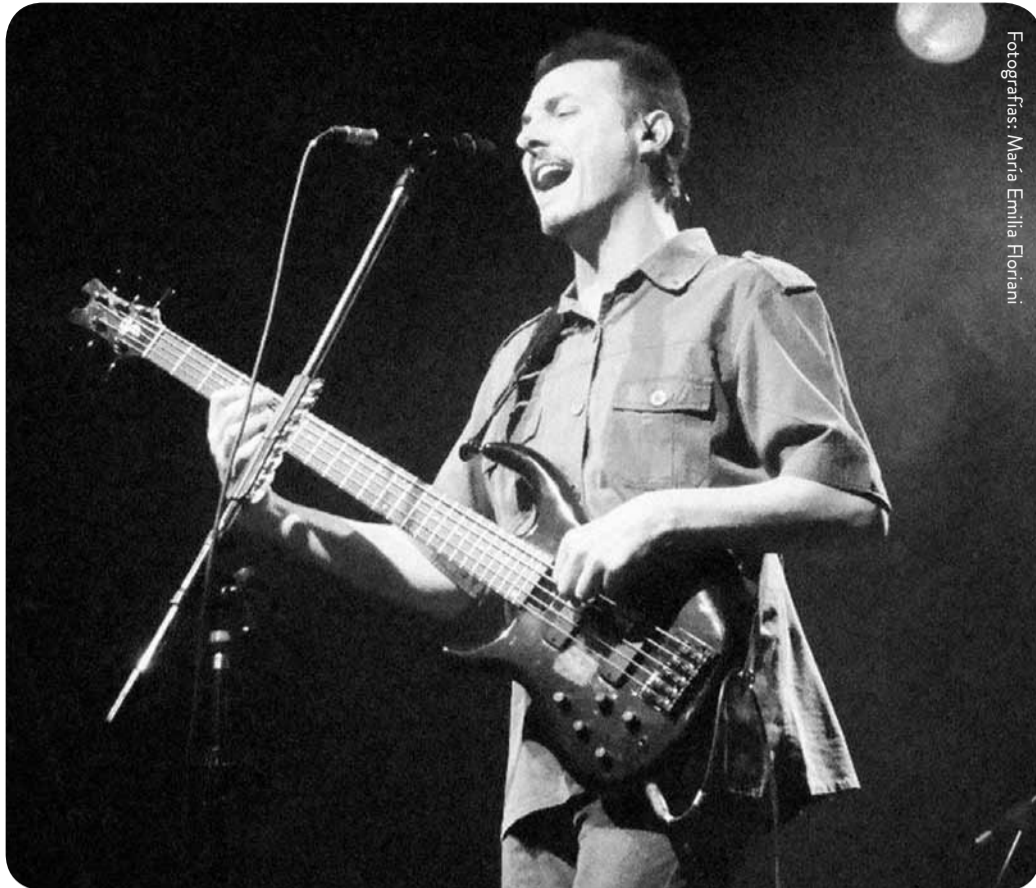
– ¿Cómo te llevás, como artista, con el ego? ¿Cómo convive el narcisismo del artista con la sensibilidad del artista popular?

– El ego es un salame que se cree que todo lo hizo solo, y que no necesita ni le debe nada a nadie. Es uno que piensa que tiene una verdad revelada y que todo el que no piensa como él/ella está equivocado o es un ignorante. Cuando mucha gente te aplaude y celebra lo que hacés, es fácil confundirse e instalarse en una cajita de cristal. Hay que ser capaz de mucha autocrítica para mantener eso a raya, y tener gente alrededor que no sean aduladores incondicionales. La sensibilidad es lo que te abre a la experiencia de los otros, es el gran antídoto del ego. El ego se alimenta del cinismo, de burlarse y minimizar la emoción ajena. La sensibilidad es el canal más importante de la empatía.

– El rock argentino cumple 50 años el próximo año y sin dudas sos un referente de esa movida (aunque la trascendés también), ¿no creés que ya es tiempo de que lo consideremos dentro del folclore argentino?

– Yo no me metería con las etiquetas, porque siempre termina armándose revuelo. Lo que sí se ha dado, felizmente, en nuestro país, es un proceso de diálogo y fusión entre estilos, desde los años 60 hasta ahora. Desde Gustavo Santaolalla y León Gieco hasta Abel Pintos y yo, por poner unos pocos ejemplos. Y uno de los grandes motores y pioneros de esa sana permeabilización de las fronteras fue, sin dudas, Mercedes Sosa.

– Eras muy chico cuando entraste a Serú Girán, ¿eras consciente de lo que Charly ponía en juego con sus letras en ese momento tan especial del país? ¿Lo charlaban entre ustedes, era un tema de discusión de la banda?



Fotografías: María Emilia Floriani

–No, no era un tema de discusión. Cada cual traía sus canciones, las trabajábamos entre todos o componíamos algunas cosas juntos, y el resto se daba por sobreentendido. No teníamos reuniones del estilo de “muchachos, miren lo que voy a decir”. No lo hizo Charly con “Canción de Alicia en el país”, ni yo con “Paranoia y soledad” (a pesar de que, en este último caso, Charly recomendara que la estrofa donde canto “despertar aquí es como herirse con la propia destrucción”, fuera impresa en el arte del disco como “despertar así”, para no dar pasto a las fieras de la censura, o algo peor).

–¿Te imaginabas en aquel momento que una cantora popular pudiera llegar a ser ministra de cultura? ¿Qué significa eso para nuestro país? ¿Qué te sucedió cuando te enteraste que Teresa era nombrada ministra?

–¡Fue muy emocionante! Que se haya creado un Ministerio de Cultura de la Nación, en el país de Borges, Cortázar, Yupanqui, Piazzolla y Spinetta es un acto de justicia que se hizo esperar demasiado tiempo, y que un artista popular como Teresa esté al frente, me parece brillante.

–¿Te interesaría participar en política? ¿Por qué?

–No estoy seguro. Habría que estar dispuesto a meterse en una selva despiadada, y a enfrentarse a la frustración de tus mejores anhelos gran parte del tiempo, por falta de presupuesto o voluntad, o por lisa y llana mala fe. No creo que pudiera...

–Este año has tocado en Cosquín Folclore y en el Lollapalooza, y quizás sos uno de los tipos que más diversos escenarios ha pisado... ¿Es el momento de mayor libertad, de la caída de las bateas y los géneros, este que estamos viviendo?

–Se podría decir que sí. El de mayor libertad artística... hasta ahora, diría yo. Eso va a seguir cambiando, evolucionando. Pero estoy de acuerdo en que hoy los límites de los estilos son mucho más permeables, y eso abre las puertas a cosas innovadoras e interesantes.

–¿Cuál es tu visión del momento de la industria de la música? ¿Cómo te llevás con los premios como el Gardel o los Grammy? ¿Sirven?

–Es un momento de cambio muy fuerte. Los viejos paradigmas están cayendo, la distribución digital de la música, el video y

la literatura revolucionó todo. En cuanto a los premios, creo que hay que tomarlos con calma. Es una alegría que te distinguan con un galardón, pero a la vez tenés que recordar que no podés dormirte en los laureles. Al día siguiente te levantás y empezás todo de nuevo. De la misma forma que cuando recibís una mala crítica. El mundo no se termina.

–Sos un tipo que está constantemente haciendo algo, ¿en qué andas ahora?

–Componiendo música nueva (algunas de esas canciones van a ser estrenadas en el show del Espacio Quality), recorriendo el país con mi muestra de fotografía «Tú eres eso», siguiendo adelante con el proyecto vitivinícola Abremundos junto a mi socio, el enólogo mendocino Marcelo Pelleriti, con quien acabamos de ser calificados, por segundo año consecutivo, con los más altos puntajes por el crítico norteamericano James Suckling (nuestros cuatro vinos obtuvieron 94, 96, 97 y 99 puntos sobre 100). También estoy terminando de escribir un ensayo sobre creatividad titulado «Habitar el silencio». **D**

*Periodista

Sentido, entendimiento y razón

La cantante venezolana Cecilia Todd regresa a Córdoba para presentar sus canciones. El viernes 7 de agosto actuará en la Sala de las Américas. Alguna vez llegó para revelarnos los innumerables encantos de la música venezolana. Desde entonces, nunca más se fue.

Santiago Giordano*

Su voz y su manera de cantar perduraron entre nosotros sencillamente porque esas canciones con “sentido, entendimiento y razón” que traía, se quedaron asentadas en esa forma de memoria inmediata y colectiva que es el cancionero cotidiano. Y también porque ella, Cecilia Todd, siempre está volviendo, llegando continuamente para incitar esa memoria, con esos encantos lanzados desde su voz y su cuatro hacia un repertorio de perlas populares. Y así será para una de las voces más cálidas y profundas del continente, que el viernes 7 de agosto actuará nuevamente en Córdoba, en la Sala de las Américas de la Ciudad Universitaria. Con ella estará el pianista Matías Martino, músico versátil, formado a la vera de maestros como Hilda Herrera.

Con sencillez y delicadeza, en el repertorio de Todd se conjuga la riqueza infinita de la tradición musical venezolana y sus bellezas. Distancias, ritmos, paisajes y palabras se traducen en variedades de merengues, polos margariteños, golpes larenses, décimas y danzas zulianas o joropos de los cuatro puntos cardinales, salidos de la tradición popular o producto de la inspiración de creadores como Simón Díaz, Otilio Galíndez o Henry Martínez.

Ese patrimonio amasado por el tiempo y su paciencia es asumido y cultivado por Todd con particular sensibilidad artística, pero también con una actitud que en su convicción tiene que ver con la militancia. “Respetar las esencias de nuestra música es una actitud política y yo soy militante en la preservación de las particularidades de los géneros, porque ahí está nuestra riqueza”, asegura la cantante que hace más de cuatro décadas publicaba entre nosotros *Pajarillo verde*, un disco que resultó fundamental para animar el oído latinoamericano de los argentinos. “Fíjate que no es casual que la maquinaria del consumo se ocupe fundamentalmente de aplanar todo, de relativizar el caudal de la variedad. ‘Hacer folclore es una posición frente a la vida’, le escuché decir una vez a Yupanqui. ¡Y cuánta razón tiene! Ese pensamiento me guía y tiene que ver con lo que hago y la manera en que lo hago. En la actualidad, pensar de esa manera

es ir contra la corriente, contra la maquinaria comercial y la superficialidad de lo pasajero. Es un gran desafío hacer folclore en la actualidad. El folclore es acción y son estas las circunstancias en las que lo más importante es lo que tú haces, no sólo lo que piensas o lo que dices. En definitiva, lo más importante es cantar lo que cantamos”.

“Respetar las esencias de nuestra música es una actitud política y yo soy militante en la preservación de las particularidades de los géneros, porque ahí está nuestra riqueza”.

– *La importancia de las raíces no pasan por una moda...*

– Siempre fue importante, y en estos tiempos lo es mucho más, cultivar nuestras raíces. Es la única manera de no perder la esencia, nuestra personalidad, lo que nos identifica en el diálogo con otros. Y esa es una batalla muy dura y desapareja. La música comercial no tiene patria, está sostenida por una maquinaria avasallante que arrasa con todas las características regionales y eso nos priva de muchísimas cosas. Por eso es necesario insistir sobre la idea de que es importante que cada uno conozca sus raíces, las cultive, las conserve. Y las proyecte también, claro, sin perder la esencia. Los cubanos continuamente nos están dando una gran lección: uno escucha su música y enseguida se da cuenta de que es cubana. A eso me refiero con conservar la esencia.

– *¿Conservar la esencia no sugiere el riesgo de un estancamiento?*

– Para nada. En los rasgos folclóricos hay una gran posibilidad de variedad y eso no envejece. Tengo la gran ventaja de poder tocar con distintas formaciones instrumentales y ese dinamismo me mantiene fresca. En Venezuela tengo mi grupo, con cuatro, bandola, mandolino, instrumentos muy característicos. Aquí me acompaña el piano y yo misma toco el cuatro, que es el rasgo indispensable de lo que canto.

– *¿Cuándo comenzaste a tocar el cuatro?*

– Desde muy niña ya andaba por los rincones de la casa con mi instrumento. Tengo una relación con el cuatro desde que empecé a cantar y se me hace difícil pensarme sin él. Puedo cambiar de acompañamiento, como a menudo hago, pero el cuatro tiene que estar. Es fundamental: el 99 por ciento de la música venezolana necesita el cuatro.

En 2013, el cuatro fue declarado Patrimonio de Venezuela; por eso aquel fue también “El año del cuatro”, una iniciativa que se coronó con numerosas actividades en torno a un instrumento fundamental para la identidad sonora del país; la iniciativa tuvo continuidad en 2014 con la declaración de “El año del joropo”, del mismo modo que este es “El año de la mandola”, otro instrumento cardinal de la tradición musical venezolana.

– *¿Qué impacto tuvieron estas iniciativas en la actualidad artística y cultural de Venezuela?*

– En el momento que logremos que el cuatro sea materia obligatoria desde que los niños entren a la escuela, podremos hablar de una iniciativa exitosa. Tiene que empezar por ahí el acercamiento, no solo a nuestra música, sino también a un sentido de pertenencia del cual carecemos. Sin lugar a dudas ha habido avances importantes. Todas las actividades realizadas en el año del cuatro y de la bandola fueron muy bien acogidas, hubo una participación masiva, pero todavía nos queda mucho trabajo por delante. La difusión de la música chatarra es avasallante y no deja lugar para alternativas. Sabemos que el negocio de la música produce mucho dinero, que está sostenido por una estructura inmensa, pero no podemos renunciar a crear nuestros espacios. Tenemos que sembrar conciencia y no permitir que nuestras culturas se diluyan. No estoy hablando de un problema que padece únicamente Venezuela; estoy hablando de una situación global. La mayoría de los medios de comunicación en el mundo difunden basura. Una basura que en su uniformidad nos separa como continente.

– *¿De qué manera?*

– Alejándonos unos de otros en lo cultural. Conocemos muy poco lo que pasa en nuestros



países vecinos. Es necesario profundizar la relación cultural entre nuestros países, lograr una conexión cultural estrecha entre toda Latinoamérica. En Venezuela no se sabe qué es una chacarera, de México conocemos sólo los mariachis, de Colombia la cumbia comercial. Y algo parecido pasa en cada país de Latinoamérica. Tendríamos que usar mecanismos como la Unasur, la Celac, para unirnos culturalmente también, no sólo a nivel económico o tecnológico.

–La basura a la que hacés referencia va más allá de la música...

–Claro y creo que tiene que ver con una forma de comunicar. La gran mayoría de los programas de televisión son realmente vergonzosos, en el contenido y en la forma. Podríamos en cambio utilizar esos mismos medios para difundir nuestras tradiciones, nuestra historia, nuestra identidad. Me parece genial eso que han hecho en Argentina, de enseñarles la historia argentina a los niños a través de dibujos animados. Ese es un ejemplo a seguir.

La música comercial no tiene patria, está sostenida por una maquinaria avasallante que arrasa con todas las características regionales y eso nos priva de muchísimas cosas.

Últimamente, Todd grabó en Cuba con Liuba María Hevia, a quien considera una de las cantantes y compositoras más importantes de las nuevas generaciones en Latinoamérica. “Con Liuba hicimos dos discos – comenta-. En uno yo canto sus canciones, acompañada por músicos cubanos; en el otro ella canta las canciones de mi repertorio, acompañada por músicos venezolanos. En este momento se están terminando las mezclas y en realidad no queremos apurarnos, sino más bien cuidar con celo cada detalle. En la mezcla es necesario poner el mismo amor que pusimos en los momentos de la grabación. Estimo que para octubre o noviembre ya deben estar editados”

Cualquier conversación con Cecilia Todd está inevitablemente atravesada por la situación de Venezuela, su país, el que canta, vive y sueña. “El nuestro es un país que vive en guerra”, sostiene Todd. “Vivimos continuamente agresiones y sabotajes económicos – continúa-. Hay una oposición que sistemáticamente saca bienes vitales del mercado para desgastarnos la paciencia, para crear especulación y para desestabilizar a un gobierno elegido por el pueblo. Desde Chávez hasta aquí muchas cosas cambiaron en Venezuela y es necesario defender esas conquistas. A pesar de la situación crítica que estamos viviendo a raíz de esta guerra económica despiadada y el continuo sabotaje la actividad cultural sigue. Últimamente tuvimos nuevas ediciones de la Feria del libro y del Festival de teatro de Caracas. Ahora vienen además la Feria del libro de Caracas, el Festival de cine, la Feria Internacional de Música de Venezuela, el FIMVEN, que tendrá lugar entre el 7 y 11 de octubre; también habrá numerosos encuentros de intelectuales y artistas, además del festival de poesía. En fin, hay mucho movimiento cultural. Y así vamos resistiendo. **D**

Enrique Luis Revol: caminos del ensayo

Hace poco más de medio siglo, exactamente en 1964, apareció *Caminos del exceso. William Blake y el Marqués de Sade* de Enrique Luis Revol (1923-1998). El libro fue reeditado este año por la Editorial de la UNC.

Antonio Oviedo*

Aquella edición de 1964, efectuada por la Dirección de Publicaciones de la UNC, hace confluír dos trabajos muy anteriores. Se trata, en el caso de W. Blake, de dos conferencias pronunciadas a mediados de julio de 1948 en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, editadas por esta institución en el citado año bajo el título de *William Blake*. El dedicado a Sade es un texto con modificaciones que había sacado hacia 1951 la revista *Reunión* de Buenos Aires. Las aclaraciones recién señaladas establecen un punto de partida para situar esta actual reedición de la editorial de la UNC que incluye un fundamentado y esclarecedor prólogo de Silvio Mattoni. Por consiguiente, la matriz de elaboración de ambos trabajos se remonta a más de seis décadas.

Con menos de treinta años, Revol escribe acerca de dos escritores cuyas vidas fueron atravesadas por acontecimientos cruciales que arrancaron de cuajo las bases políticas, sociales y económicas preexistentes. Pero antes de entrar a las principales líneas de sus análisis, cabe subrayar que en *Caminos del exceso* el ensayo como género y como escritura ya detenta su espesor y sus rasgos distintivos más elocuentes. Habría que retroceder unos pocos años, hasta *Aspectos de la obra de T.S. Eliot* (publicado en 1945), para reafirmar, retrospectivamente, si se quiere, la modalidad ensayística “propia” de Revol: mordacidad no exenta de desenfado, sistematización dictada por un estilo y, sobre todo, una economía de la erudición consistente en no hacer ostentación de citas bibliográficas. Pero son los intersticios de sentido, menos escondidos que replegados, a la espera, los que se alternan en el modo empleado por Revol para elaborar, ordenar y desplegar su materia discursiva. Complementariamente, con oscilaciones y discontinuidades que terminan por encajar en ese conjunto de elementos diversos y que llamamos la obra de un escritor, *Pensamiento arcaico y poesía moderna* (1960) y *Literatura inglesa del siglo XX* (1973), son igualmente reveladores de una escritura ensayística que, emergiendo en cualquier momento, no es superadora de algo previo porque cada una de sus expresiones son autosuficientes. Efectúan, cabe enunciarlo así, un movimiento de ruptura cronológica en virtud del cual los ensayos de Revol vuelven intercambiables sus respectivas fechas de publicación. Trasuntan, en resumidas cuentas, a ese lector compulsivo, ávido de saberes heterogéneos que fue Revol en todas las etapas de su vida. Una formación intelectual que también se manifestaba en sus cátedras de literatura inglesa y francesa en la escuela de Letras: ese pequeño mundo teatral donde representaba su histrionismo pedagógico era una faceta más de la conjunción de vida y literatura que solía aflorar en la mayoría de sus actos. Cuando no era su recalitrante individualismo conservador el que desentonaba con una época exasperada por el compromiso político a ultranza.

Sus libros de ficción, la novela *Mutaciones bruscas* (1971) o los cuentos de *Conspiradores todos* (1954), no justificaron las expectativas que habían despertado. *Los intrusos* (1969), en cambio, reúne un conjunto de relatos que, abriéndose en una dirección marcada por lo fantástico (que desde Holmberg, Lugones, Quiroga, Borges, Bioy o Cortázar cultiva la literatura argentina), se internan casi nerviosamente en los protocolos de un grotesco si no áspero al menos provisto de una fuerza desestabilizadora recogida de lo cotidiano.

Mientras William Blake es “el hombre primitivo”, al Marqués de Sade se lo designa como “el hombre moderno”. Dos denominaciones tomadas de los respectivos títulos que no podrán permanecer sin sufrir alteraciones – pues Revol evitará que ello ocurra. Por la sencilla razón de que ambos, Sade y Blake, si bien compartieron un suelo histórico común, ese suelo estuvo atravesado por un viento de catástrofe que arrasó, como ya se dijo, lo que se suponía inamovible. Tal fue la explosión irreversible de la Revolución francesa; y por la misma época, la Revolución industrial inglesa desencadenó una transformación igualmente radical al abrir el pasaje de una economía agrícola y rural, vigente durante varios siglos, a otra eminentemente urbana impulsada por una tecnología industrial cuya expansión devino incontrolable. Paralelamente hay otro aspecto que atañe a las actividades de cada uno, a la condición de poeta y pintor en un caso: W. Blake (1757-1827) y a la de novelista en el otro: Sade (1740-1814). Blake escribió poemas (*Cantos de inocencia*, *Cantos de experiencia* e incluso un extenso poema narrativo dedicado a la Revolución francesa en el cual la exalta con énfasis); su eximio arte del aforismo lleva por título: *Matrimonio del cielo y del infierno*. Pero el eje que articula su existencia y sus preocupaciones de poeta y artista (ilustró con grabados de una rara originalidad el *Libro de Job*, *La Divina Comedia* y poemas de Thomas Gray) es la imaginación. Esta abarca razón, sentimiento, inspiración y sentidos físicos. “No

hay nada fuera de la imaginación, que es inmortal, eterna e inagotable”, asegura Kathleen Raine, citada a su vez por Revol. Coincidentemente, el epígrafe de Gaston Bachelard traza sin vacilaciones el rol superlativo de la imaginación, su carácter absoluto es una prolongación de esa criatura visionaria que fue Blake.

Respecto de Sade, Revol apela a un repertorio de lecturas que hacia comienzos de los 50 habían examinado al autor de *Las 120 jornadas de Sodoma* desde perspectivas críticas diversas y en algunos casos interrelacionadas: Maurice Heine, Gilbert Lély, Maurice Nadeau, Georges Blin, Jean Paulhan, sin olvidar nada menos que a Pierre Klossowski con su *Sade, mi prójimo*; también convocado, el italiano Mario Praz hizo un acercamiento específico en el capítulo III de su libro *La carne, la muerte y el diablo*. El enfoque que formula Revol se inscribe junto a los mencionados autores, todos ellos procuran interrogar a esta experiencia perturbadora, que rehúsa los encasillamientos, que parece no inmutarse ante los permanentes intentos de domesticación interpretativa, que no cesó de renovar a posteriori el interés de la crítica, la filosofía y el arte: de Bataille y Blanchot a Barthes y Philippe Sollers o Annie Le Brun así queda reafirmado. Acierta Silvio Mattoni al afirmar que la lectura de Revol habría sido una de las primeras en ocuparse críticamente de Sade: planeta negro de la literatura francesa, sus ejercicios blasfematorios, su ateísmo desafiante, su racionalismo zigzagueante, sus prácticas de erotómano obcecado lo devuelven a una dimensión que este ensayo reeditado de Revol contribuye a recrear.

Caminos, entonces, del exceso, de lo que también se extralimita o se desterritorializa, son los que transitan Blake y Sade, distintos y a la vez entrelazados por razones que no es difícil deducir cuando coexisten dentro de un espacio que la modernidad inauguró y al que ellos no son ajenos. Al contrario, participan activamente en función de sus desacuerdos y distancias con los postulados que ese horizonte no menos problemático, colmado de fricciones y antagonismos, de la modernidad nunca termina de establecer de modo definitivo. “Estos dos grandes iniciadores del espíritu moderno”, con estas siete palabras Revol describe a quienes no han renunciado a las múltiples contradicciones que los apartan de ese espíritu, ¿para acercarlos quizás porque su rechazo no cede a la posibilidad de abandonarlo? El axioma merece plantearse: la verdadera modernidad sería, o es, la de aquellos que no la aceptan o la niegan. ¿Antimodernos?, para usar la categoría de Antoine Compagnon en su libro homónimo: Revol formula también esa pregunta acaso dirigida a Blake y Sade. **D**



Caminos del exceso. William Blake y el Marqués de Sade, E.L. Revol. Córdoba, Editorial de la UNC, 2015.

*Escritor

El varón de las tardes cordobesas: Américo Tatián y el Tango

La Ciudad donde vivimos, el programa que se emite de lunes a viernes por Universidad 580, se acerca a un ciclo de casi treinta años de emisiones ininterrumpidas. El encargado de difundir el sonido del arrabal en tierras mediterráneas, Américo Tatián, debe su dicha a un sinfín de oyentes y a una única pasión: el tango.

Javier Quintá*

Hace 29 años —el 22 de noviembre de 1986, para ser más exactos—, Américo Tatián salía al aire por LV2 e inauguraba una participación más que activa en los medios cordobeses. Era sábado y las campanas se detendrían para darle paso al sonido del bandoneón. Su tarea no era menor en un espacio dominado musicalmente por el cuarteto y otros géneros como el rock y el folclore. Era la primavera alfonsinista. Para esta apuesta Américo dejaría un momento el ambo de médico y se calzaría los zapatos negros. Había que tomar las astas de un toro cabizbajo, como el tango, en retirada de las grillas de los operadores musicales, para desempolvar las obras meritorias de un género con algo más de un siglo de existencia. Un nuevo estímulo se abría camino para Américo. Su espíritu de servicio dejaría la militancia y la medicina, tareas que continuaría haciendo aunque en otro plano, y se volcaría a la sofisticada música de la milonga porteña. Era cuestión de revisar algunas notas de sus clases de acordeón que tomara con el maestro Eduardo Baravalle y volver a su viejo amor por el “pensamiento triste que se baila”, como decía Discépolo.

De lunes a lunes

Salvo los sábados, todos los días Américo despide las tardes cordobesas con un tango. Antes, se prepara un mate, enciende un cigarrillo, arma la grilla de temas para su salida al aire. Rigurosamente busca una letra, una fecha, un nombre en esa enorme videoteca que ocupa el estudio de su casa, envidia de cualquier fanático. Suena el teléfono, cigarrillo tras cigarrillo escribe el esqueleto de un guión que salvo raras excepciones respetará como si fuera la palabra de san Pugliese. Tatián defiende su programa que muchos tildan de elitista como una contribución al buen tino musical. Su sospecha de que sobre gustos está todo dicho hace miles de años lo lleva a afirmar, sin arquear una ceja, de que en materia de música no todo da lo mismo. Para este militante de la batalla cultural, la belleza o la fealdad puede medirse como la distancia entre el club de sus amores en barrio Jardín y la cancha de Alberdi. “Las cosas son mensurables”, afirma. “Desde el punto de vista poético o artístico todo se puede medir”.

Se queja del cuarteto porque dice que nunca oyó nada bueno. “Lo que no le quita su mérito como fenómeno social”, aclara. “Se gastan cantidades de dinero en Carnavales del cuarteto, pero la gente no recibe nada, y lo peor de todo es que no se da cuenta”. Para Tatián aquel argumento que se utiliza para rebatir un determinado uso elevado del arte, aquel que habla del gusto de las



mayorías “de porqué la gente va y baila eso”, no es suficiente para valorar una obra ni para tener una sensibilidad estética ni artística de la vida. “En vez de helicópteros y policías, por qué no llevamos gratis a la Orquesta de Música Ciudadana a un barrio adonde la gente nunca accede al tango o a la música clásica. A esa gente que no recibe nada de nada en materia cultural”.

El tango es un camino de ida

En su libro, recientemente publicado por ediciones Recovecos, *La ciudad donde vivimos, conversaciones con Mariano Saravia*, Tatián encara una nueva forma de comunicación con sus oyentes. Un formato que le sienta igual de cómodo al sonido de su voz, ahora en papel. Y fiel a su estilo, expone lo que piensa sin pelos en la lengua: “Sabemos muy bien que ha habido civilizaciones e imperios que han desaparecido. ¿Puede ocurrir con el tango? Sí, puede ocurrir. Pero lo que quiere uno es que si eso llegara a suceder, si el tango muere, que sea por muerte natural, no por un dictado del mercado. Que no lo fusilen”. Junto al periodista Mariano Saravia, en conversaciones en bares y cafés, nació este libro cuyo eje es el tango como cronista del siglo XX. Ambos se reconocen como tangueros, descendientes de armenios y, entre whisky y copas de vino, saltan de la política a las mujeres, de las drogas y las enfermedades al fútbol, Piazzolla o Gardel. “Cuando alguien de acá a mil años analice la letra de *Cambalache* se preguntará qué pasaba en este país, Argentina, 1935”. Y ¿qué pasaba? “La década Infame, quien investigue se encontrará

con la picana eléctrica, la represión, el pacto Roca-Runciman, las legiones cívicas, el fraude patriótico, entre otras cosas”. Además de las perlas sobre Piazzolla y Gardel, se destacan otros capítulos. Como “*El tango y las mujeres*”, donde se aborda el lugar de la mujer en las letras de los tangos. Un rol que, al igual que en la sociedad, la mujer irá conquistando a los codazos en el mundo del tango. Primero como cancionistas, luego escalando posiciones dentro de las orquestas. Tal como lo hicieron Ada Falcón, Libertad Lamarque y Mercedes Simone. O Paquita Bernardo, quien con poco menos de 25 años, ya tocaba el bandoneón y dirigía su propia orquesta.

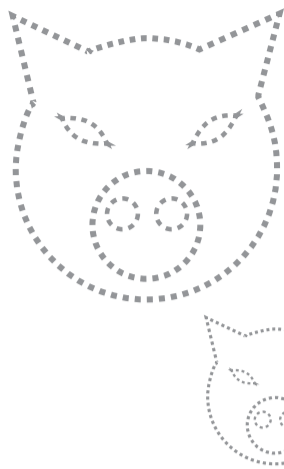
Sus ojos se cerraron

Párrafo aparte merecen “Las enfermedades”. Acá Tatián se pone el estetoscopio, sacude su delantal blanco para analizar las letras de los tangos. “La tuberculosis era una de las principales causas de muerte en nuestro país. Con una particularidad, sus víctimas eran, en gran proporción, la gente joven. Y el tango será representante de un romanticismo tardío. Es tan larga la lista de tangos en los cuales está presente esta afección”. Desde sus inicios el tango rondará al mundo de la medicina. Bailes, fiestas y enfermedades serán retratadas por las letras de los tangos. Con algunos títulos más que sugerentes: el *Matasano*; *Salve, doctor*; el *Ojo clínico*; *Tomame el pulso*; *Metele morfina*, o el *Infarto*, que más tarde grabaría Edmundo Rivero. Su influencia llega incluso al lunfardo, que contamina la jerga de los médicos: el *Gasista*, para el anestesista; *Consultín*, de consultorio y bulín; estar *palchado*, para alguien con astenia; *revirao*, *piantao*, *colifato*, para quienes padecen insania, y la lista sigue.

Chan, chan

El tango más que un género musical, es una filosofía urbana, el ritmo que marcó el compás de la historia argentina durante el siglo XX. Un fenómeno cultural cuyo origen cosmopolita nos interpreta y también nos interpela como sociedad. “Una de las pocas cosas que podemos reivindicar sin necesidad de recibir la bendición del Fondo Monetario Internacional”, dirá Tatián, contra los colonizadores de la industria cultural. “El tango y sus orígenes”, “la inmigración”, “el bandoneón”, “los deportes”, “los vicios y las drogas”, “la política”, junto a una correspondencia inédita que mantuvieron Piazzolla y Elvino Vardaro, el gran violinista del tango, entre 1959 y 1965, completan las páginas de un libro que habla de la cultura de un pueblo. De música y de una vida en una ciudad: *La Ciudad donde Vivimos*. **D**

*Comunicador social y escritor



Veinte años no es nada

Breve semblanza de Llanto de Mudo, editorial que a sus veinte años es un nombre ineludible de la escena cordobesa y nacional.



Cezary Novek*

Cuando llegué al local, me pidió dos minutos para terminar de ver un capítulo de *Game of Thrones*. Al cerrar el explorador, tenía abierto un proyecto de diagramación de un libro. La sensación a lo largo de toda la conversación es que placer y trabajo son para Cortés la misma sola cosa. La editorial posee un pequeño local en la Galería Cinerama, donde coexiste con otra de las editoriales de más trayectoria de Córdoba: Alción. Diego Cortés es uno de los cofundadores y actual propietario del sello con el logo del chanchito. Los veinte años de trayectoria se pueden palpar en los más de mil títulos editados entre poesía, narrativa e historieta almacenados en el local contiguo. Tomamos un café a metros del local. Hombre de pocas palabras, me sorprendió con su elocuencia. Hacía poco se había encontrado con una excompañera del colegio, quien le preguntó a qué se dedicaba. “A lo mismo de siempre”, respondió él.

En una ciudad de provincia, en el fin del mundo, no es poca cosa poder vivir de lo que te gustaba desde chico. Preguntar sobre la fórmula secreta de la vigencia o el éxito es algo tonto: cualquiera en retrospectiva puede decir que el punto está en hacer esto o aquello. Cortés dijo que no sabe nada, que hace lo que le gusta: leer y editar lo que lo atrapa. Definió al sello como algo ecléctico, sin plantearse qué hacer más que haciéndolo: “Dio la casualidad que lo que nos gustaba hacer le gustó a un montón de gente y eso se mantuvo en el tiempo”.

Los recuerdos se mezclaron con nombres de fanzines, cómics, bandas. “En el 95 empezamos con Pablo (Peisino) y con Fede (Rübenacker). Nos hicimos amigos por los cómics, por la música. Nos conocimos cambiando revistas, en los usados. Ellos se enfocaron en la plástica y yo quedé con el sello. Para el 2005 ya estaba solo”.

Lo entusiasmó hablar del futuro inmediato. El aniversario se viene anunciando desde hace tiempo con el lanzamiento de nuevos títulos bajo varias colecciones: Bonzo (poesía), Satori (narrativa), Extra Life (recopilación de textos dispersos), Migrante (ediciones de autores internacionales), Extraviado (poesía en pequeño formato), Palp. También sacaron al aire un programa de radio, que se puede escuchar por Eterogenia: *Feel the Oink*.

Otro proyecto que lo ocupa por estos días es la reedición de muchos títulos, hoy inconseguibles “cosas hechas con collage, fotomontajes, cut up, cómics experimentales, por suerte fui previsor y digitalicé todo en su momento”. Colaboran hoy también Nicolás Brondo (dibujante de gran parte de las portadas), Bawden y Hernán González.

En un momento, citó una entrevista a un editor uruguayo (Martín Fernández Buffoni): “Como editor con 15 años de oficio, cada vez entiendo

menos”. Y agregó: “Necesitás mucha resistencia y te tiene que gustar mucho”.

“¿Con qué criterio buscamos los libros? Lo lees y te das cuenta, gente que se hace preguntas, que lees dos líneas y ya te das cuenta de lo que siente”. Hay autores de la casa, cuyos próximos títulos uno espera encontrarlos allí. Dos ejemplos: Iván Wielikosielek y Gonzalo Toledo. Ángel Mosquito, Gustavo Salas, son amigos de la editorial de años. “Todos los chabones que son grosos ahora en historieta fueron fanzineros cuando yo era pendejo”.

Hay una idea que se discutía en los 90: eso de “dentro del mercado/ fuera del mercado”. Ya no existe. Las pequeñas editoriales publican a los autores importantes que después son chupados por las grandes editoriales, que son multinacionales. Lo nuestro no es underground o emergente. Es lo que se hace.

El contacto con Buenos Aires viene de los 90. “Viajábamos bastante. Con Elvisman, con los libros que hacíamos con Rübenacker”. Elvisman tenía guiones de Cortés y dibujos de Juan Ferreyra, que ahora trabaja en EE. UU. Recientemente colaboraron con una serie llamada Lazarus. Otro artista asociado fue Renzo Podestá, autor de numerosas portadas e ilustrador de algunas novelas gráficas. Podestá, Brondo y Cortés dictaron durante algunos años el taller Ignatius de historieta. Lauri Fernández y Nacha Vollenweider colaboran actualmente haciendo el arte de tapa de la colección Bonzo. “Siempre hicimos de todo. Escribo desde los 15. Pablo y Fede dibujaban. Los tres leíamos cómics, narrativa. Hacíamos todo a la vez. La primera edición era una revista de Bukowski, porque no había poesía de él, no se conseguía. Después sacamos Pájaro Negro, con Pablo, que son dibujos de él más un poema mío y Salto de Fe”. Uno de los especiales del año es una antología de poetas de Buenos Aires, dirigida por la poeta Patricia González López. No es casual. Muchos autores de Córdoba lanzaron su primer libro por Llanto de Mudo. Desde hace unos años a esta parte, el fenómeno está ocurriendo con autores de la Capital. “Tenemos dos formas de laburar, hay cosas que las bancamos nosotros y cosas que las bancamos a medias con el autor”.

Empezó leyendo a Salgari y Verne junto con cómics de superhéroes. Luego Dostoyevski, Rimbaud, Dick, etc. “Sigo disfrutando de leerlo todo... negarte a un género es perderte de disfrutarlo. Además ¿qué es un género? Si lees

narrativa solamente, te estás perdiendo disfrutar de la poesía. Y así con el resto”.

Más celebraciones: tres eventos en la España Córdoba. Uno de poesía, uno de narrativa y otro de historietas. En cada uno se presentará una antología diferente de los autores que transitaron la editorial. Mientras, preparan los números 3 y 4 de la revista *Palp*, dedicada a publicar historias autoconclusivas junto a las novelas por entregas de la versión digital, que serán el puntapié de una colección de libros con el mismo nombre. Algunos libros tienen tiradas de mil ejemplares. Las historietas las venden en El Ateneo y Cúspide, que distribuyen para todo el país. “Casi que la historieta banca muchas de las ediciones. De narrativa y poesía todavía lo hacemos nosotros, pero estamos viendo distribuidoras. El salto fue cuando empezamos a vender en Buenos Aires. Es triste decirlo, pero Córdoba es un bajón en lo que hace a ventas”.

Entre las movidas en las que participan están Frente Mar (Colectivo de Editoriales Independientes de Córdoba) y NHA (Nueva Historieta Argentina, un grupo de editoriales que comparten stand en la Feria del Libro de Buenos Aires). También estuvieron en el Encuentro Federal de la Palabra y todos los años asisten a Comicópolis (Buenos Aires) y la Crack Bang Boom (Rosario).

Conversamos sobre su rol de autor. “Escribo muy temprano, cuando todos duermen, tengo un hijo de cinco años. El guión no me cuesta tanto, tengo mucha técnica. Poesía casi no escribo, aunque estoy reeditando todo. Narrativa, hice la novela por entregas (Musa), que ahora estoy corrigiendo”.

Al momento del balance, fue claro: “Odio la palabra emergente. Si lo único que hay somos nosotros. No es más cultura emergente. Hay una idea que se discutía en los 90: eso de “dentro del mercado/ fuera del mercado”. Ya no existe. Las pequeñas editoriales publican a los autores importantes que después son chupados por las grandes editoriales, que son multinacionales. Lo nuestro no es underground o emergente. Es lo que se hace.

No existe el mainstream. Caballo Negro o Nudista, por ejemplo, tienen una línea. Cuidan al autor. Alción también lo hace, es un referente. Ahora tenemos la discusión con la feria del libro, que sigue trayendo gente de Buenos Aires para que nos enseñe a hacer las cosas. Ya está, basta. No hay ninguna diferencia entre aquí y allá”.

Me preguntó si tenía más preguntas. Lo dejé ir. En el local lo esperaban tres adolescentes vestidos de negro y un proyecto abierto en la PC. **D**

*Escritor y Docente

Materiales sensibles

En junio pasado, Borde Perdido cumplió dos años. Fundada inicialmente por Sebastián Maturano, Pablo Toia y Victoria Dahbar, la editorial debutó a mediados de 2013 con la reedición de los *Poemas sentimentales* de Silvio Mattoni. Desde esa fecha hasta hoy, Borde lleva publicados 19 títulos en sus tres colecciones: poesía, narrativa y dibujo.

Eloísa Oliva*

Tres

Hay algunos datos sobre Borde Perdido que parecen ineludibles. Primero, que es una editorial “tracción a sangre”. Eso quiere decir, entre otras cosas, que hay alguien que cose, pliega, dibuja, pega y arma ese objeto que llamamos libro. Un trabajo hecho a mano, en la intimidad del artesanado, como una charla que queda guardada en los materiales. Segundo, que es una editorial con manifiesto, que ese manifiesto está incorporado en todos los ejemplares. Y que en él se declara la premisa de “poder cruzar, atravesar y habitar las prácticas de la literatura y las artes visuales”. El objeto libro es el resultado de ese diálogo, ese cruce, donde ninguno de los idiomas se impone al otro. Tercero, que la persona que hoy cose, pliega, dibuja, edita y distribuye es Sebastián Maturano, mendocino de origen y artista visual de formación. Esa no pertenencia geográfica y disciplinar parece haber hecho de Borde una editorial distinta a otras de su mismo ámbito. “Nosotros a los autores los conocemos a través de la lectura”, dice él.

Afinidades electivas

“Todo catálogo es una máquina para atrapar la realidad. También es la expresión de un deseo de saber, o quizás más modestamente de arreglar. Quien cataloga se parece a un jugador. A un intelectual también”, así empieza María Negroni su entrada sobre catálogo en ese diccionario caprichoso y alucinante que es su *Pequeño mundo ilustrado*. Si uno observa de cerca el de *Borde Perdido*, encuentra una constelación tan exótica como interesante: textos que son experimentos de género, como es *Cuásar*, novela de Juan Revol que mezcla gauchos con elfos; rarezas en la producción de los autores, como la *nouvelle El cielo es para los ángeles*, único

libro de narrativa de la habitualmente poeta Mariela Laudecina ilustrado por la también poeta y artista Cuqui; o el caso de *Vertiente*, que trabaja con un proceso de reescritura y acción de Luciana Sastre sobre el libro *Todo lo que nos dijimos/se dijeron algún día*, de Sebastián Huber. También están las cuidadas ediciones de la colección dibujo: *Distante* de Lucas Di Pascuale con epílogo de la artista rosarina Claudia del Río, *Respiromundo* de Coty Olea y *Estructural* de Florencia Breccia.

Entre los referentes de su trabajo ubica tanto a las editoriales cordobesas Nudista, Llanto de Mudo y Caballo Negro, como a la bahiense Vox, pionera en el cruce de artes visuales y literatura.

Aparece, al rato de observarlo, una hipótesis sobre la fuerza que une a este conjunto: es una apuesta por la conversación, entendida en un sentido amplio; algo que preserva ese mismo espíritu de intimidad en el que se arman los libros. “Una editorial trabaja con materiales sensibles – dice el editor – y nos parece importante preservar esa afectividad”.

Ser un editor

Para Maturano, la tarea del editor se concibe teniendo en cuenta su costado lúdico, su cuota innegable de placer. Sin embargo, sabe que ser un editor es también operar y construir un espacio político y estético en el cual se definen afinidades y referencias, y se diseñan mapas. *Borde* construye ese lugar tomando trayectorias diversas para inscribirse en una tradición. Entre los referentes de su trabajo ubica tanto a las

editoriales cordobesas Nudista, Llanto de Mudo y Caballo Negro, como a la bahiense Vox, pionera en el cruce de artes visuales y literatura. Pero además reconoce como un momento decisivo y casi fundacional la lectura de *Los libros de la guerra*, recopilación de textos periodísticos de Rodolfo Enrique Fogwill donde el autor habla, entre muchas otras cosas, de su paso por la edición con Tierra Baldía, editorial que él mismo financiaba mediante su trabajo de publicista y donde publicó a Perlongher, a ambos Lamborghini, y donde también se autoeditó. En el dibujo del territorio, Maturano es contundente: “Para nosotros el centro no es Buenos Aires”. En esa definición, Córdoba ocupa el lugar de un centro de operaciones: el espacio para hacer actividades, para presentar libros, para editar autores tanto de la ciudad como de las distintas localidades. Pero el mapa literario argentino les interesa en un sentido más amplio, porque lo que buscan es “una conformación plural de las voces que aparecen en la escena literaria del país”.

Este año *Borde* apostó además por el trabajo en equipo, sumándose a Frente Mar, un colectivo de cerca de una veintena de editoriales de Córdoba, autodenominadas independientes, “que apunta a generar herramientas que nos fortalezcan para cuidar la denominada bibliodiversidad”, explica el editor. Llanto de Mudo, Ediciones de la Terraza, Ediciones Documenta Escénicas y Nudista, son algunas de las otras editoriales que se suman a la conformación de este Frente.

En un futuro cercano

En los meses por venir, *Borde* tiene un calendario agitado. En julio presentan *Profano*, libro de poemas de Rodolfo Schmidt, se van a Buenos Aires a presentar la nueva edición de *Niña soviética* de Liria Evangelista, y armar la presentación porteña de *Cuásar*, novela de Juan Revol. En agosto está planeado que salga a la luz una revista, en cuyo comité estarán Maturano, Rodolfo Schmidt y Juan Revol, pero cuya dirección la ejercerá un personaje llamado Dr. Necrópolis. Para agosto, los libros prometidos son *Tres experimentos para decir lo mismo*, de Javier Martínez Ramacciotti, y una edición ilustrada de *La Escuela del dolor humano de Sechuán*, del peruano Mario Bellatin.

Los libros de *Borde perdido* se consiguen en Córdoba, Mendoza, Río Negro, Buenos Aires, Jujuy y Rosario. La editorial está en facebook, y también en bordeperdidoeditora.wordpress.com. **D**

*Escritora

NOTICIAS DE UNA GUERRA PARTICULAR

Mientras se escribía esta nota, un juez procesaba a un escritor. Pablo Katchadjian, autor de *El Aleph engordado* (libro del año 2009 con una tirada de apenas 200 ejemplares) fue procesado por el juez de instrucción Guillermo Carvajal por el delito de “defraudación a la propiedad intelectual”. Katchadjian es además editor de IAP (Imprenta Argentina de Poesía), editorial de la ciudad de Buenos Aires que publicó el libro en cuestión y que se caracteriza por difundir búsquedas literarias vinculadas a la experimentación.

Cómo se llega, a casi cien años de las vanguardias del siglo XX, a que una operación conceptual literaria pueda ser concebida como un delito. El hecho abre infinidad de preguntas. Sobre la propiedad intelectual privativa. Sobre el poder y la irritación del poder ante la reapropiación no controlada. Sobre la deliberada ignorancia de la literatura como posible máquina de pensamiento. Pero, más allá de los interrogantes, constituye una nueva y contundente muestra de incompreensión y desprecio hacia la tarea de los escritores y de los editores comprometidos con su trabajo.

Imprescindibles: discos cordobeses que tienen que estar en tu discoteca (o en tu carpeta de mp3)

1 Mariano Clavijo *Desandolvido* (2014) Susana Guzmán*



“Dícese de la evocación intencional de lo bello, a contramano de cualquier tipo de amnesia...” ensaya la definición que Mariano Clavijo propone para el término *Desandolvido*. Y con ese ejercicio de memoria y emociones, hila cada una de las canciones de su segundo disco. Con un tratamiento particular de todas ellas, no descuida ningún aspecto compositivo, poético y, por arte de una actitud de compartir la música, los arreglos. Es que Clavijo decide recorrer este material nuevo acompañado de músicos con mucha personalidad que aportan talento, color, brillo, calidez, y uno se siente testigo de una declaración de principios: la música es colectiva o no es.

Comienza con un hablar de bombos y cajas que, directo al pecho, anticipan que el mensaje de *Desandolvido* va dirigido a despertarnos y dejarnos listos para la emoción. En “Escuche Viday”, Clavijo teje texturas y poesía, generoso cuando cede la voz a sus invitados, donde deja en claro que la vidala hermana sentidos y es fiesta, es humildad, es ritual, como la amistad. Juan Ñaqui y Diego Marioni con sus inconfundibles voces y estilos, juegan entretejiendo la trama que Clavijo propone.

De la nostalgia a la ternura hay un paso. Y para expresarla Mariano utiliza recursos despojados: una guitarra arpegiada que habla, lluvia de repiques al tambor en manos de Diego Marioni y un violín lamentoso y humano que acompaña: “Y te vas por el camino que dijiste, sin llevarte todo aquello que no hiciste. Y te vas como el

lucero en el alba, y aquí quedo yo sin nada”. Es el instante donde uno se hace un ovillo en el huayno, recordando abandonos y perdonando heridas.

A poco de andar el disco, sentís que las canciones del cordobés te acompañan en un recorrido actual por las calles de Córdoba. Te sentís vecino de Alberdi, apurando el paso por la plaza Colón, sentado mirando las aguas en las orillas de la Cañada, rogando consuelo a la “Secreta Curadora” o pataconeando el centro. Cada evocación con el pulso justo y la textura lista para sostener la intención todo el tiempo. Sin temerle a las músicas más tradicionales, como reivindicación de lo pasado en el presente: valeses, candombe, tangos y milongas para contar Córdoba.

Para desandar olvidos, la guitarra y la canción bastan. Y es Clavijo solo, parado ante sus propios ángeles perdidos. “Y es que estás a pesar de que te fuiste, pero muero si no tengo tu calor...” Al terminar el disco suenan campanitas, tambores y voces acompasadas en ritmo de chuntunqui. “Ojalita vuelvas ya” nos deja envueltos para regalo, emocionados con la copla norteña sencilla y bien escrita, deseando que el disco comience de nuevo, para escucharlo una y otra vez.

Hacer (y pensar) un disco independiente en Córdoba, requiere de un ejercicio de creatividad, amor y trabajo. En un momento de gran productividad, los músicos locales están realizando bellísimos aportes a un sonido con identidad propia. Basta tomarse unos minutos para recordar cuántos discos nos han impactado en los últimos tiempos. Muchos. En ese contexto, Mariano Clavijo, inquieto, se impone el desafío inmenso de entregar un material cuidado, desarrollado con talento y al detalle, a la altura de la creciente producción local.

2 Palo y Mano *Palo y Mano* (2002) Franco Nottaris**

Año 1999, Tristano Ávila, Mariano Cocimano, Nete Ruiz Díaz, Lobucho Martín Donalísio, Rapahelo Lucas Ingignoli, Matu Matías Llorens, Gergino Lloveras dan origen a un grupo de música de corte étnico afro: Palo y Mano. Siete almas, 14 manos golpeando los parches y las maderas de los instrumentos que ellos mismos construyen con troncos que encuentran en su entorno. Trabajando la madera, siguiendo

la veta, van naciendo los tambores y se produce esta alquimia donde el instrumento absorbe todo de su creador: lo bueno y lo malo, sus virtudes y defectos. Se crea una relación íntima con estas piezas vivas, que siempre suenan distinto, que se sincronizan al latido del corazón.

La música afro además de contar con percusiones y rudimentarias cuerdas y vientos se amalgama con el instrumento más primitivo de todos: la voz.

A esta mística Palo y Mano le suma una arista interesante: en vez de ejecutar ritmos afros puros prefieren conservar el toque cordobés que ineludiblemente está en su ser y no sólo en la tonada. Gestan el ritmo/término “afrocordobés” acuñado por ellos mismos, que además confiesan: “más que un ritmo es un sentimiento”.

De a poco empiezan a incorporar la temática afro a la cotidianeidad de nuestras mañanas en la peatonal (“nuestra versión más honesta”, PyM dixit), en plazas, auditorios universitarios, y en lugares del abasto monopolizados por el rock.



Año 2002, Palo y Mano saca a la luz su primer disco homónimo.

Es la materialización de ese relato previo, condensado en 11 canciones que nos recuerdan que venimos de otro lado, de otro lugar donde no hay pavimento, ni edificios. Que nuestro origen radica en las entrañas mismas de esta hermosa tierra, donde fluye el agua, el canto de los pájaros y el sonido de los tambores que establecen una comunicación directa con los dioses.

A modo de un mantra las canciones van pasando y la sangre se va calentando, los pies toman vida propia y lo afro ya no es algo de otro continente, sino algo de acá nomás, un signo en común de todos los que pisamos este planeta.

Ese testimonio grabado en un CD es un presagio de lo que los Palo y Mano van a ir consiguiendo a lo largo de muchos años y que continúa hasta estos días. Es la primera documentación formal del trabajo que fue ir introduciendo, naturalizando y arraigando instrumentos, ritmos, estéticas que hoy nos parecen tan comunes. Ya no hay que explicarle a nadie qué es ni cómo suena un djembe o un balafón.

Palo y Mano nos ofrece el primer monolito de un camino de implicancias sustanciales pero sutiles y, si te dejás llevar, es un viaje de ida.

3 Fer Romero *Color Canción* (2014) Emiliano Peña Chiappero***

“Imperfectamente humano”. Así definió su primer disco apenas salido del horno. Como toda primera producción, la imperfección está a la vuelta de la esquina. Fer Romero comenzó su camino en 2009 con el trío “De Golpe y Porrazo”, donde ya asomaban sus composiciones y su mano en los arreglos en temas como “Grito santiagueño” y “La media pena” (de Raúl Carnota y Pepe Núñez, respectivamente), lo que de algún modo pone en relieve las influencias con las que se nutrió este músico nacido en barrio Talleres, pero definitivamente aquerenciado en Güemes. *Color Canción* comenzó a gestarse en febrero de 2013 y la grabación transcurrió durante el verano de 2014. El resultado fueron 11 canciones, de las cuales ochos son de autoría propia y tres versiones. “200 ayer”, abre la placa con el audio de la sanción de la ley de la música en el Senado de la Nación el 28 de noviembre de 2012. El hecho político se expresa en la canción, que fue grabada en un disco celebratorio del Bicentenario argentino. Le sigue “Derecho de nacimiento”, de la mexicana Natalia Lafourcade que, junto al candombe-canción “La copla y yo”, es la conexión latinoamericana del disco. El tema de Lafourcade, aquí en versión rumba y alejada totalmente de la original, consigue darle un tono bailable y de optimismo despegado de la melancolía original. La segunda versión del disco aparece con “Cantan lo suyo”, del santafesino Mario Hugo Sosa, cantada a dúo con Mariano Luque y con Chelko Pajón en bandoneón. Esta chacarera transmite en letra y música una idea que recorre

toda la placa: la de repensar la música popular hoy, resignificando la tierra y el paisaje desde una canción con visión política. Desde aquí y hasta el penúltimo tema del disco, nos vamos a encontrar con los colores con los cuales Romero compone su disco debut: la canción de raíz folclórica con canto militante, recuperando lo popular como sentido de pertenencia (el barrio, la tonada, la música, el sonido característico). Un disco inspirado en la Cañada “güemesiana” (“Hilito de agua / guarda mi inspiración / y hace que tu eco / resuene en mi canción”). La cotidianeidad, las amistades forjadas al calor del mate y el vaso de vino compartidos, pueblan las composiciones de “Jotita con gusto a río”, “Patrón del boliche”, “Gatito pa’ la Totó” y “Crónica dominguera”. La elección de “Canción de lejos” de Armando Tejada Gómez y César Isella, (cantada a dúo con Mario Díaz) para cerrar la placa, conecta con las influencias del cantautor.



Esos colores son, sin duda, una elección personal de Romero que abreva en un primer disco luminoso, con variedad rítmica y una poética cercana con lo más representativo de la música popular de raíz folclórica. Y la “imperfección humana” de Romero será quizá la de elegir y cantar con su paleta de colores, pero que está a la mano de cualquiera que camine por la Cañada o se junte a tomar un vino con amigos en el bolichón de la esquina.

4 Ultrasuave *Y además ya no te quiere* (2014) Agustina Checa***

No existe tiempo ni estación específica para prestarse a instancias de introspección. Sin embargo los frescos, grises días invernales traen, junto a la necesidad de arropamiento, un especial llamado a perderse en el encuentro de viejas, nuevas o reencontradas emociones. La capacidad de reconfigurar sentimientos al cambiante contexto de un ser, es un ejercicio de cultivación dificultoso pero ineludible. Para todos los que no temen enfrentarse a las formas más puras de lidiar con el devenir de los días existen bandas como Ultrasuave, y discos tan profundos como la exclamación de la última creación de la banda: *Y además ya no te quiere*. ¿Por qué perderse en el intenso deambular de pasiones y estremecimientos de la mano de Ultrasuave? Porque dicho viaje siempre se realiza con un manto de seguridad que protege al corazón frente a cualquier exabrupto. Quizás por la garantía de bienestar que implica dejar los sentimientos en manos de gente que hace más de

veinte años se dedica a moldearlos, describirlos y gestarlos de una singular manera. *Y además ya no te quiere*, es otra muestra eximia de la capacidad de Ultrasuave de encantar corazones. De meterse en lo más profundo del ser y demostrarle la familiaridad de comunes sensaciones, sabiamente retratadas en conmovedoras melodías. Susurros que generan placer instantáneo y, con la misma facilidad, enternecen el alma.

“Merezco” es el imponente requerimiento de atención inicial donde *Y además ya no te quiere* presenta la fortaleza que acompañará al resto de las producciones. Composiciones erigidas con delicadeza y puntillismo, con el lo-fi como bandera y el sentimiento como estandarte. “Diez días” es la canción que termina de atrapar al más escéptico. La honestidad desde donde se construye invita a bajar las barreras, a adentrarse en aquella instancia donde un segundo es un momento apreciable en todo sentido. “Distinta” continúa la misma línea de goce, edificando a partir de la conjunción de matices esencialmente benignos. Predicando desde el entendimiento del acontecer humano, ornamentando musicalmente los cuestionamientos propios de un ser con alma. Tal como la especialmente movilizadora “Sistema Solar”. Todo encuentra tintes renovados ante la intrepidez de los elementos que condensan a “Despertar”. La calma se transforma en exaltación y se eleva en la fortaleza compositiva de los padres del sello Lo-fi Records. Empujando los límites de su última propuesta, demostrando la pluralidad de recursos de los que se valen para enaltecerla. “Voy a escapar” sirve en un mismo modo.



El corte final se impone con la misma profundidad que sus predecesores. “Llévame” existe para amalgamar la despedida, cubrir de optimismo la desazón de la partida. Ultrasuave agrega con *Y además ya no te quiere* la cereza en la cima de su callada y no por eso menos trascendente carrera. Solidifica la humilde y singular propuesta que los impulsó en este recorrido en un tiempo lejano, la construcción de estímulos fundamentados en la simpleza de quien sabe exponer aquello que tiene adentro. Durante su crecimiento, nosotros hemos sido los principales beneficiarios. Pues, gracias a esa búsqueda, disponemos de contundentes y, ante todo, placenteras creaciones, articuladas en torno a la depuración del sentir más universal del ser humano: el amor, su experimentación, su anhelo y la posibilidad de solventar su pérdida. **D**

*Directora del centro cultural Cocina de Culturas

**Técnico en sonido

***Periodista

Pensar la música que nos rodea

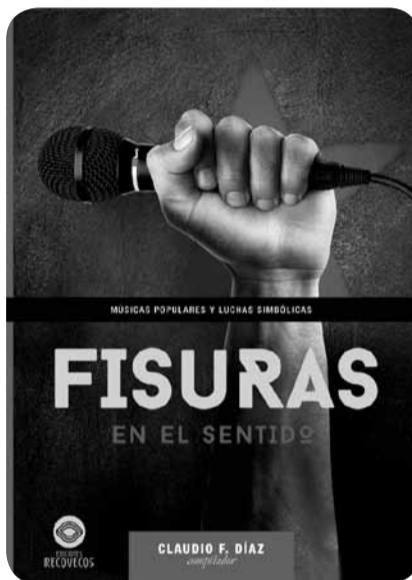
A propósito de *Fisuras en el sentido. Músicas populares y luchas simbólicas*, recientemente publicado por Ediciones Recovecos. Es resultado del trabajo de un grupo de investigación radicado en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC y dirigido por Claudio Díaz.

Juan Manuel Pairone*

Este texto podría intentar, en vano, recorrer y explicitar las fortalezas y las limitaciones de un concepto amplio y lleno de matices como el de *música popular*. Y digo “en vano” porque 1200 palabras no alcanzan para desarrollar las idas y vueltas de una idea tan interesante como compleja, arraigada en el imaginario cultural bajo formas diversas, incluso contrapuestas. Pero por suerte existe un libro que se encarga de eso. Un libro producido y publicado en Córdoba, que navega las aguas de tan tramposa noción tanto a nivel teórico como en su puesta en práctica, es decir, como una herramienta clave para pensar a la música no solo como un arte o un producto cultural, sino también como un conjunto de espacios sociales de conflicto y divergencia, con intereses varios y capitales escasos en juego. Este texto pasa a ser, entonces, una suerte de apéndice, una arenga. Una invitación a leer sobre lo que escuchamos, a reflexionar un poco más sobre lo que nos gusta y sobre lo que detestamos, a descubrir que la música también puede ser sinónimo de hipótesis y argumentos atravesados por una mirada científica e históricamente construida.

El libro en cuestión se llama *Fisuras en el sentido. Músicas populares y luchas simbólicas*. Es el fruto del trabajo silencioso pero incesante de un grupo de investigación radicado en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC y dirigido por Claudio Díaz, experto local en la cruzada de herramientas sociológicas y tradiciones musicales como el rock y el folclore. Es un libro colectivo. Pero no porque tenga variedad de autores (y supremacía de jóvenes investigadores), sino porque ha sido parido como parte de un plan de acción común, con reuniones, discusiones y una premisa fundamental: la construcción grupal del conocimiento. Así, *Fisuras en el sentido* se funda en la necesidad de hacer visible un tipo de producción intelectual ajeno a la danza de egos y los *juego de tronos* de la Academia y toma la forma de un pequeño compendio que incluye: a) investigaciones semióticas y antropológicas de becarias de Conicet; b) trabajos de análisis de discurso desarrollados en un seminario de la Escuela de Letras dictado por Díaz; c) y vigorosas indagaciones construidas a partir de trabajos de campo (en recitales, peñas y milongas) pensados en el seno del propio grupo a lo largo de tres proyectos bianuales.

Uno de los puntos más altos de la publicación es su claridad conceptual. En la introducción general y en los textos que presentan las dos grandes secciones del volumen, Díaz desarrolla el tejido teórico desde el cual trabaja el grupo y da forma a una exposición dinámica y precisa, que resume y justifica su visión de la música como proceso discursivo y campo de luchas simbólicas, abriendo



el juego para el desarrollo de los casos estudiados. Díaz es un docente de vasta experiencia y se nota. Su prosa es fina y estimulante y logra ser didáctica incluso para aquellos que, con sentido común, relacionan la idea de *campo* con las vacas y a la soja antes que con la terminología de Pierre Bourdieu. El sistema de pensamiento del autor francés y su teoría de los sistemas de relaciones sociales regidos por capitales de distinto tipo y agentes que se debaten desigualmente por alcanzar sus intereses son, de hecho, la piedra basal del trabajo. Sin embargo, no hay reduccionismos de corte objetivista o subjetivista ni esencialismos. Desde su acento en la interacción, el libro recupera varios aportes de la sociología crítica (desde Raymond Williams a Pablo Vila) pero logra su especificidad al alumbrar las ideas de dos investigadores de la UNC, Ricardo Costa y Teresa Mozejko, quienes hacen hincapié en la *capacidad diferencia de relación* y en la *gestión de las competencias* de cada agente según su *lugar* (acorde a su trayectoria) dentro de una estructura social determinada.

Con esta línea teórica como esquema general, algunos conceptos se reiteran y la heterogeneidad de la propuesta solo aparece en su variedad temática. Pero es entendible. Detrás de cada uno de estos textos hay un autor individual pero también un autor conjunto, que no es otro que el producto del intercambio y el análisis grupal y multidisciplinario. En este carril puede observarse el logro más importante del trabajo. A lo largo de sus dos apartados, el libro pone el ojo en prácticas de *producción y recepción* y analiza la idea de *música popular* en sentido amplio. Importan las músicas que circulan en formato grabado, a través de los medios de comunicación o en la calle, pero importa también lo que la gente hace

con ellas. Por un lado, músicos, discos, circuitos y escenas, trayectorias artísticas concretas. Por el otro, escucha, consumo, danza, públicos. El acierto del volumen radica en mostrar ambas caras de la misma moneda. Pensar a la música como una operación discursiva en tensión permanente con diferentes formas de hegemonía (culturales y económicas) es también entenderla como un producto que se hace cuerpo, que ayuda a construir y reforzar identidades y reúne sentidos de todo tipo.

Como en casi toda publicación variopinta, hay textos más logrados y otros que no emocionan ni contagian tanto. La oferta es, de hecho, abrumadora y las más de 400 páginas asustan a cualquier lector promedio. Pero lejos del miedo, el volumen invita a curiosarse, a hojear. Aparecen nombres como Liliana Herrero o Los Fabulosos Cadillacs y el fantasma de la pureza teórica se desvanece de a poco. Así, el concepto de carnaval en la música de Bersuit Vergarabat, el llamado boom del Folclore Joven de los 90, la milonga abierta de la plaza San Martín o el rock post-Cromañón funcionan como objetos de estudio particulares que militan y ponen en juego un acervo común de referencias y miradas. Con el neoliberalismo como contexto e imaginario social predominante, la música –los discos, las canciones, los shows– ofrece un terreno fértil para desentrañar valores instituidos y significaciones epocales; y también para dar cuenta de aquellas grietas que forman parte de un sistema cultural dominante pero desnudan las contradicciones propias de una legitimidad construida y en permanente revisión, nunca definitiva.

De todos modos, ¿por qué trascender los límites de la Universidad y salir a la calle con una publicación de neto corte académico? Porque realmente se puede. Este es tanto un libro de sociología como uno de música. Involucra a artistas y a situaciones musicales capaces de interpelar a muchos. Puede señalarse su falta de acercamiento a géneros como el cuarteto o la electrónica, pero su inmersión profunda en los mundos del rock, el folclore y el tango lo convierte en un proyecto editorial vital para pensar la música en Córdoba y su desarrollo como práctica cultural llena de vida. En última instancia, se trata de un ladrillo más en la construcción de una disciplina capaz de bucear científicamente en la música que vibra al ritmo de la vida cotidiana. Lo que queda por fuera supone un desafío posterior, una invitación a sumarse a la empresa que implica teorizar sobre los sonidos que forman parte de nuestro día a día. Porque, como supo señalar el propio Claudio Díaz en la presentación en sociedad de *Fisuras...*, “nadie piensa solo”. Amén. **D**

*Músico y periodista.



Tu Obra Social a un **Click**

Implementamos un sistema de turnos on line para que puedas gestionarlos desde donde quieras y cuando quieras.

www.daspu.com.ar



Sede Ciudad Universitaria. Av. Valparaíso s/n. Te. 4474600
Sede Maternidad Plaza Colón. Santa Rosa 1047. Te. 4474601
Sede Cerro. Tristán Malbrán 3822. Te. 4474602
Sede Cofico. Campillo 346. Te. 4474603

LABORATORIO DE HEMODERIVADOS

Universidad Nacional de Córdoba

Somos un Laboratorio Farmacéutico Público sin fines de lucro, elaboramos medicamentos de calidad internacional, seguros, eficaces y accesibles, permitiendo mejorar la calidad de vida de muchas personas en nuestro país y la región.

Somos el Laboratorio de Hemoderivados más grande y moderno de América Latina. Poseemos un modelo de gestión transparente, eficiente y sustentable de nuestros recursos, que nos permite autogestionarnos económicamente en un 100%.

www.unc-hemoderivados.com.ar

